Alonso Quesada

Smoking-room

(Cuentos de los viajes de la colonia en Canarias)

(1B)
repetido

1921

AQ A6/02 (1)
R. 1074

Dedicatoria

A Carmen de Burgos
(Colombine)

Por nuestra antigua amistad no vuelva
camarada, Carmen, — en fin, por V. fué siempre
para mí hermana mayor, quiero poner, en la
primera página de este libro de dulce humor
humano en nuestro idioma, [illegible] cuento.
[illegible] antes de diálogo lejano y paternal,
se limpia amistad sobre los mares atlánticos, sobrenada
fraternalmente el recuerdo.
Veía entre mi niñez y mi adolescencia,
la aparición circunstancial de mis soledades
adolescentes... A fuerza de sentimentales anhelos
se dibujan sobre el horizonte mundo, la
forma avanzada a la vida que entraba por mi
mano en estos manoseos de conocidos.
Aquí empieza, acaso acabe para
siempre, [illegible] mi [illegible] historia de [illegible]
observador, [illegible] el [illegible] en [illegible]
[illegible] de un viaje que hice por la [illegible]
[illegible] de mi muy amada Inglaterra. Me
[illegible] de [illegible] sentir, de [illegible] camino y primitivo.
Nada mas. [illegible] al [illegible] de mis
antiguas vigilias de donde salí por un día en
que el corazón estaba vacante de [illegible]...
Pero como el libro vivido en mi [illegible]
y le tengo [illegible], querido V. del olvido mundano
con la gracia y la dignidad de un nombre, erís
la puerta.

En el Hall

(Martín [illegible] lentamente en
el Hall del Hotel, [illegible] con un libro.
Mira a los lados y lee en
voz puesta: Smoking room.
Entra.

Estancia: El "Fumador" del Hotel Metropolis.

Hasta 16 millas de la colonia. Un domingo español para toros y tentaderos en un llegar andaluz o castellano. El mar atlántico donde bajo el sol de mediodía, largo y ardiente como la arena quema. Llega el picor del sueño a la estancia.

Té. Un té prolongado: los cuatro. El Fumador tiene un imperceptible arrullo de tienta. El Autor del libro en el mamotreto sobre las rodillas. Tiene un afecto falso de Einsider. Mister Parker, Mister Cohen, Mister Lester, Mister Walker y doce tentaderos más, en la Avenida. Humo de cigarrillos, que hace de ensueño suplementario. Se prende por el ventanal del jardín como las ideas Einsider.

Te. Cake. Alguna palabra entre la pausa del sandwich y la ilusión de un pequeño. Mister Parker de ribetes. El autor del libro acaricia el lomo del mamotreto como el poeta de Juan Rahel Bockman y los ingles lo cantaba en silencio a leer. Debe esperar la ~~lectura~~. Falta Mister Duncan. No llega. Debe esperar la lectura

Dialogo

Sr Cohen - Ya no viene. (Mira a la puerta y apura el té) Le mando un saludo Sr. Mr Brigada Sr. Vc V. a Cecilia en especial Cecilia Parker - Si. Pero mi esposa es accesible, Mr Parker, no le acepta de cualquiera, así a primera vista. V. té. Mrs Cohen. Muy bien. Pero V. el té como me lo prefiera.

El Sr. Como una medicina, no. Como un placer, simplemente. (El criado trae el té) Le mando Smoking room. Mrs W. Ah, ¿? pero. Smoking room El Sr. Ya cuenta para un idioma de Inglés. Y va V. a jugar Mrs W. Bien. ¿? Tennis en ese hielo ?. El Sr. Probablemente 20 veces en cada Mr W. Y cuando tiempo la lastima V. Cecilia ? Poco a poco a la cabeza en la Mrs W. los años.

3/ Mr W - ¡-Oh, caramba! Yo no creo
para pasar 20 días? Poca cosa mañana
el H Evidentemente. Vente dos noches
~~evidentemente~~ en la ofensa,
el paisano
Mr W. - Correcto.
el A. = No importa para poco. Es otra
acostumbrado..
Mr Cohen - Es una costumbre muy española
el H. = Pch! - Voy a decirle a mis
(La misma broma de la costumbre)
abuelitos porque Mr Parker, mal pensado
Mr Parker se la empeñado.
Mr Park Oh sí! A mí me hace
mucha gracia. Mañana Pascua Florida
es Inglaterra con sus días Sin días...
el Hotel, que es mi día favorito para el Ingleses
la sol Mr Parker. No lo creía V.
el A = Tiene razón Mr Parker. Tan
cerca para los días en España.
Mr W Correcto.
el H Sí, Mr Wilson. Yo pasaré dos
días en Inglaterra pero es cierto que
mismo en España no me pagan los
días.

4/ Sr Cobo - Si pue Vd Ysabel hay
Ma pue.
Mr Paris Yo en Lepanto, el sol entretye
muchos artículos de primera necesidad.
Mr W - Pero en Ysabel cuentan
Ma tambien la libra a cama mas
el # Cerca. Mr Wilson
Mr W. - Los Lepanto solo son V.
venta pero aunque 20 libras. En
Ysabel se venden todo. En Ysabel se
venden tabl la pinguela del Overseas Club.
La misma que no Lago libra pues Tagger
una vez allá: Cerca de Cigas. Y todos
Ysabel los de la Liga comprenden comprar
el vino. Hay en Ysabel Liga a cuatro
el sombrero, cuesta la suela de cuero...
como hay también la Liga de la pue-
comprar el libro un mundo Lion V.
la izquierda de pue la bajo es blanco
Lach un libro en la bajo V. donde luego
lo vendo. Comprenden cuadernos
pue lo vendo (para anotaciones... Ahora,
Lay pue calcular. En Lepanto no
le calcula mas pue en la Colonia

Ud. and = Lo voy, precisamente, en pobre
tarde Mr Wilson. Lo trabajo de una
modo molesto y oscuro por fuera
ese fan centenares y numerados de que
hablan tanto las noticias cubanas. Después
no entiendo en esta afaire de ~~cuentas~~ [illegible]
inteligencia que si no se desarrolla mucho
el calcetín me irrita un poco
Mr W. Correcto. Desde luego Labrajus
Perfectado que no sabe pretendido V.
escribir La Feria de la Vanidad. Creo,
sin embargo, Mr Parker que Ud V. con
Mr A. - Cierto, Mr Wilson. Lo voy.
very Good verdad. Además no gusta. El
tono viejo es bueno y en España mas.
Voc V. Las 5 15 espantos La apuesto
de Vdg. Todo la prueba de los dedos. Lo
que yo veo Mr Wilson es una muy magro, rather thin,
la terrible consecuencia muscular. Una
afligue al cerebro. La mia cinco
take bien. La apuesto cinco pesetas
ironía. Yo veo que en mi facial es
luminoso por la lengua. El Mamone
una humorista viejo no tiene importancia.

6/ll Luminous para mí
Mr W. Ernesto
Mr Parker. Nuestro querido amigo Mister John, le envió a V. primeramente
el Luminoso Gran amigo! su monóculo era de un
Sobre puesto en el Cielo Raso luminoso mi
brazo en nuestro pueblo mío. Yo aprendí a ver
Luminoso en un pequeño folleto
Estudios La Tierra en cuyo Lecciones.
Mr W. Ernesto
Mr Parker. Nuestro querido amigo Mister John, le envió a V. primeramente
el Luminoso Gran amigo! su monóculo era de un
Cristal extraordinario. El decía que Yo le
el Cielo está en el monóculo.
Cuando pintamente. Y Dejaría en breves
de la era Cerramos agradable, no es
Sale mal nunca un cristal de monóculo.
En el nuevo de un gran cerrador visión
de pueblo que Haya siempre un cristal de
monóculo. El monóculo puede ser como
un vaso perfume, como una etiqueta
de limpieza social; luego se refiere mucho
que la cara de monóculo han de estar cerrados
Limpia reflejando, en el espejo de una
Señora inútil. Mi vecina de John Cook a Spain
Mr Parker = Yo tiene clarísimo que
Un zapatos de charol de un color

7/ [redacted] monosabio lo observado ya. cuyo cuerpo
en un inexplicable cruce de vida a vida?
Claro Mr Durack. Todo el known está
en el movimiento. como oyó Mr John.
Para el known el monosabio subsiste al acto
del monosabio, expiró, firma: y vuelto de
espaldas el torero, se le metió el cuerno
del monosabio, como si fuera el hilo cuyo
extremo agarra la sociedad tan dialéctica
Mr John, era un known muy inteligente.
Mr Durack = Lo he pensado mucho, y el
a pesar de su hielo, me pesa / atormenta después
Paleolítico. Volvió después de tres años;
me fue a mi viaje largo. A la
de todas las lenguas sagradas me quedé
muy tarjeta visible. [redacted] verdad. Con
[redacted] Todas eran vida del Tamesis. Y pensé en una
"Rompió bebé en el Mar Rojo. Por aquí pasan
aquella cantidad establecido al mismo de
Moisés". - [redacted] en un cabaret
[redacted] me pregunto que V. ve en el cafetín del
[redacted] debajo de la tarjeta." Volvió abrumado
pero me hizo un regalo. Me lo dijeron: "le
hago a V. un regalo que no sospecha.—
Bajo a V. un regalo Bastante que le sorprenda
[redacted] un poco
[redacted] un poco plegable! Me puede
desmayado en el vaso pero Mr John me
dijo [redacted]: "Puede hacerle a V. otro
pregunto mas rico, y cada vez / que no
[redacted] pero este vaso es una

8/ regalo útil. Para mí gran en recuerdo
sobremesa. Recuerdos la hermana Agrado,
Megan, nuestros de ese, y de Paloma a
un sitio donde como ahora hace. Les
comparten Lubrenni a Beber en las cenas
empresas a en mano, pero y ya que
no vaya por fue como un cabi dorma
en aquel entonces y bebí aunque hasta
días vasos después. Algún día, cuando
vaya V. a Palentina vea como tengo razón.
Luis W. Gracias, cuando. 2 Juan V.

el caso
U H Sí, la gran [illegible] será ya
= tortilla Mrs. Wilson
Mr Cooper - Compuso U. las delicias del caso? 2 a Juan V. en l Palentina 2
el A Nunca.
M W. Patatas... 2
U H Yo fue en ese bar flegaba
la Reina he bebido yo, todo el humorismo
inglés.

Cuadro

Entonces: La misma. Los cinco. Oro
de whisky en la mesa del té. El
Autor del libro, Paloma una cuartilla

en la mano. Mr Duncan no la
oyó. Silencio. Silencio británico: silencio
de pupitre, de aulas silenciosas de **felpudo**.
Los ingleses no escuchan. Solo Mr Parker
sonríe con una grata comisura de pastor.
Mr Wilcox fuma en su pipa y hace
como que enrolla la idea en el humo.
El tiempo se derrite, como una moneda
de oro es un papelote verde. Todo se hace
tiempo. El tiempo es moneda. ¿Habrá
tiempo, pues, para acabar temprano?
El autor lee deprisa
para ganar el tiempo... una pausa
para carraspear. Luego, asegura
la voz, con una mirada sobre el
auditorio gris y empieza en un
tono engolado, hispánico la lectura.

Las dos mujeres de Mister Talbot

La primera vez a Mister
Talbot.....

AQ A6/02(2)
R.1074

Christmas

10

Balada de las tarjetas de pascuas

¡Happy Cristhmas!- La ciudad, en cuanto: ¡ Quien es el ciudadano del mundo que no ha recibido aún las Pascuas cercanas ? ¡ Ni un inglés ! ¿ Quién es el hombre que más ansiosamente ha esperado estos finales del año ? ¡ El inglés ! ¿ Cuál es la cosa más agradablemente vulgar cuyo cercano año nuevo ? La tarjetita de felicitación que nos envían desde Inglaterra, nuestro amigo los ingleses!

Happy Cristhmas!- Apenas nadie el mes de diciembre aparecen en todas las tiendas inglesas las blancas tarjetitas del canto dorado, las tarjetas que tienen escarchas un niño envuelto en nieve blanca escocesa. Estas tarjetas los

comprar en inglés de Inglaterra para enviarla a un inglés colonial de las Porcinas por este precepto, mandar otra tarjeta efusiva a Inglaterra. La tarjeta efusiva! bfusivi imperat. El fabricante sabe como es ya la efusivi del ~~disco~~ comprador! - ¡Alegría!

Los mercaderes británicos también se felicitan y el mundo entero, tenido sobre su lomo el roce ligero y silencioso de esas encantadoras tarjetitas, al cruzar de un país a otro país.

Happy Christmas! Un niño en los Pirineos recuerda de un amigo suyo en los Porcinos. Huye a California y hasta las Porcinos no descansa! Es en California. En un rincón de la tarjeta lo veremos sonreír. ¡Oh, si pudiéramos poner en fila ante nuestros ojos a todos los ingleses felicitadores, en este momento de escribir la tarjetita, veríamos como

están sonriendo del mismo modo y se
inclinan sobre la mesa de una manera
igual! Ellos envían la tarjeta porque es
una parte de su ritualidad, como la flema.
Verdaderamente no le alegra mucho que
el amigo se alegre, porque el alegre es el
que la compra, la acaricia y la escribe.
¡Nuevo año! La Tarjetas llevan sobre
la mesa como infinitas cucarachas de
cristal.

La tienda donde se venden estas
tarjetas es una tienda limpia y dulce,
con olor a cartulina de pascua. Tiene
una grata iluminación saturada. ¡Hay
hombres, Cadbury y bufandas de lana rojas!
Todo es confortable y alegre. Parece que
la tarjeta sola del Norte aquel de la
tienda, como un duende <u>cabe</u> dentro. ¡Ha-
cia de la Pascua! Ved como el impul-
sa a la tarjeta y la compra y tiene la
alegría de encontrarla y prensa mientras
dais en ella, cuando la tarjeta viaja,

como si fuera un viajero familiar y
querido. ¡La tarjeta al llegar a su
destino puede borrar la edad inicial de
la tarjeta!...

¡Otra vez! ¡Nuevo asco! Escuchad:
Mister Miller es un inglés terrible que
se enamora de una Privata ame-
ricana en Londres, pero cuando la
Privata posee ya un Privato y una
mamá, por él, una tarjeta. Escuchad:
Mister Carlson es una inglesa guapísima
y rica, pero se retrata retocada en la
tarjetita y la ve un Adonis Vulcá, precia
y en un rondeau bonito, un rondeau
para los quince años ingleses. Y al el
poder milagroso de la tarjetita y del
Christmas feliz. - Escuchad: Mister
Forb, es un hombre que hace tiranías.
- Hay nada mas serio y mas trágico
que hacer tiranías? Mister Forb tiene
la rivalidad de dos tiranías, es tan

fuente cerca su tiranta y cuna en
tiranta tiene una cosa de metal que
rompe las camisas y deja huella de
sangre coagulada en la espalda. Cuando
acaba la Pascua aparece, el Señor
Tob se pone tan ligero que sus
tiranta parecen de pluma. Nuestro Tobi
un faberta. No desea un nuevo
año (New year) Menos de veintena.
El año se acaba. Otro año se
acerca. Los ingleses unen estos dos
años y los dicen bien en sus
tarjetas de navidad. ingles
El matrimonio (dama al mundo su
tarjeta: Y sale a la calle, abrigado y
anteo, con la dutil paloma en la
sobe. El ofendido que si un temble
arrib cuna un Indio va a bacer
su tarjeta, a encontrar. la su teorino
veneto que no pueie descubrir.
El mecanopato pa primera ver

SIENTE 6

[redacted] el deseo de escribir en tarjeta
y rompe una pluma la escribe a má-
quina y adquiere la tarjeta un aspecto
fuste y le gusta el amor. Pero después
escribe otra en la pluma y le pone
alegre porque sale bien y va como
una niña al correo a echarla, contenta
de escribir con pluma y con una letra
que ya no se acordaba y que es
la perdido un gracia pública y un
elegancia de ayer

Happy Christmas! La colonia
está alegre. Todos tienen caras
de Pascuas. El fuego reinado
de la tarjeta! virtud le abecina!
Una inglesa bonita es una
tarjeta de Pascuas. Una tarjeta de
Pascuas es tan alegre, tan alada
como una inglesa bonita.

Alegremonos de tener inglesas a

la vera de nuestro aislamiento!
Hay han llegado un rosal cuajado
de yemas y la emoción de la vida
sembrada de muchachos presentes.
¡Bienvenidos, bajo el sol! Son
la primera tarjeta de Pascua que
llegan.

Happy Christmas! New Year

AG. A6/02 (3)
R. 1074

11

(8)

La silueta de Duncan

Mister Duncan es interesante porque es emborracha. y porque es profesor de francés. He aquí una frase de Mister Duncan: - Yo, todas las noches, cuando me voy a acostar meto la cabeza en la palangana. Y la cabeza hace, -puff! como los fósforos encendidos que se sumergen en el agua.

Mister Duncan llegó a la ciudad de incógnito, como el Rey de un estado minúsculo. Fue el único inglés que no se le vió llegar. Parecía, como si hubiera venido escondido en la bodega dentro de un cajón que un alemán subió en el hotel. Llegó emborrachado. La borrachera actual es la misma de antaño. Una borrachera crónica que le agarra a mantenerse en pie, con tiesura cubana de policeman. Es probable que si Mister Duncan no estuviera siempre borracho se derrumbaría como un muro antiguo.

La pena de Mister Duncan es tan popular como la estatua de un pobre tonto. No hace a vino famoso, Mister Duncan. Su borrachera es intrínseca. Digna, civil y liberal.

¿Cómo se puede saber que está borracho? Porque él lo dice. Oid: "- Estoy borracho.

9

2

— Cómo está V. borracho, si no se
le conoce a V. que lo está?
— No se me conoce, porque soy inglés.
La borrachera de un subdito inglés es res-
petuosa, silenciosa y con cierto matiz ironi-
co. Nadie piensa que yo estoy borracho,
pero lo estoy siempre. Si no me conocía solo,
es porque se que la gente está enganada.
Mister Duncan para su borrachera
como el Pabellón Royal: la cual parece ondear, víctima y severa, sobre
la cabeza de su propietario, esta Semana.
una borrachera independiente de todas las demás
borracheras del mundo. Emancipada, casi.
Mister Duncan solo bebe y siempre
vocablos [redacted] galos como un labrador
filológico. No concibió jamás la guerra
Europea. No se entendió. No fué a
luchar tampoco. Decía: "Por mí
que dejé de ir no se va a perder la guerra,
si se va a ganar porque no [redacted] haya."
La borrachera le detiene, magnánima en él.
Sin embargo....
— ¿Ve V. como los alemanes detienen
los pueblos franceses Mr. Duncan?
No importa! Ahí tendrán unos
cuantos que pagar.

9

2

— Cómo está V. borracho, si no se
le conoce a V. que lo está?
— No se me conoce, porque soy inglés.
La borrachera de un subdito inglés es res-
petuosa, silenciosa y con cierto matiz ironi-
co. Nadie piensa que yo estoy borracho,
pero lo estoy siempre. Si no me conocía solo,
es porque se que la gente está enganada.
Mister Duncan para su borrachera
como el Pabellón Royal: la cual parece ondear, víctima y severa, sobre
la cabeza de su propietario, esta Semana.
una borrachera independiente de todas las demás
borracheras del mundo. Emancipada, casi.
Mister Duncan solo bebe y siempre
vocablos [redacted] galos como un labrador
filológico. No concibió jamás la guerra
Europea. No se entendió. No fué a
luchar tampoco. Decía: "Por mí
que dejé de ir no se va a perder la guerra,
si se va a ganar porque no [redacted] haya."
La borrachera le detiene, magnánima en él.
Sin embargo....
— ¿Ve V. como los alemanes detienen
los pueblos franceses Mr. Duncan?
No importa! Ahí tendrán unos
cuantos que pagar.

de Mister Duncan eran dos arcos
hermético.

Cuando la colonia celebró el triunfo
de la Paz con un banquete, en honor
volaron como los tapones de las botellas
el whisky cantó un *God save the King*
en sus oídos, Mr Duncan calló mas.

— Esto prueba que Inglaterra es el país
mas fuerte del mundo! — ¡Hurra!

Los ojos de Mr Duncan posaron
entre los brindis serenamente y la mirada
serenísima era como un velo bajo el
que se ocultaban las lágrimas de los
cohetes y se perdía el humo del en-
tusiasmo oficial.

— ¡Volverán los barcos y nuestros
seguros hijos serán los señores del mar!

Pero Mr. Duncan afirmaba
mas en silencio y su derecha. — ¿No era
patriota? O la borrachera ¿había decidido
de su cabeza y recibía cargas de la
pleamente y abismo negro la memoria
magnífica? Y no. Mister Duncan
poseía un secreto. Un secreto a voluntad.
¿Donde estaba el asiento de este secreto?

Una Londres? Mister Duncan Londres
un Londres? ¿un ¿cancer? Una
preocupacion ¿cancer? - Su ¿rostro era
a veces un Lermann con la primera cerveza,
una pausa inconsciente en Francia, una
mujer en la Cruz Roja del puente. La
sonrisa era amarga a veces, a veces alegre,
de una alegria inexplicable ¡rápida. Pero
nadie supo la razon entera. Y la
cuidad dormia, se dormia, tan tarde
se fue, en el portal de este secreto terrible.

Un dia le vieron salir del
telegrafo. ¿Que fue? Acaso el
secreto? ¿Otro dia le vieron sentar
¿A sus telegrafos este Lunes soleado,
ante tan expansivo, ahora tan sobrio
y tan hermetico?

La paz ¡Oh, hombre! creció
sobre el mundo entero. - La paz academica
ofrecia. - Un Duncan no sonreia. Y
Mejan vapor de Puerto y la ciudad
Letras a Londres y a sembrar la guerra
de sus platanos, sus tomates y sus explotados.
Los hermanos de la isla corrieron a
Y plantear otra vez. Agentes, corredores,
estudiantes de ayer... Y en medio de

este hotel que dirige la encantadora sentimental, de rebotica, y que Duncan llama, la boca bilingue de nuestro empapado amigo, abrió su nueva cuenta.

Y un día, con olvido de el mutismo del secreto, cruzó el Lord, a plena boca cerrada. De un golpe de documento, d'amerriano. Como de primer ministro. Le ocurrió a nuestro.

— Estoy muy borracho me murmuró. Pero aquí, en el bolsillo tengo una carta extraordinaria. Una carta. De la Lloyd's Seguros, para mí; solo para mí. La contestamos a mi telegrama mío. ¿? Recuerda V. que una vez fui al telégrafo y le pedí a Lloyd's Seguros. pues fue a felicitar a Lloyd's Seguros.

Mr Duncan saca de su bolsillo un sobre pequeño, con el membrete ofacial en un rincón, una carta pequeña, carta de hotel o de mis. El sobre decía. "— E. Duncan, Esq. - La Palmas. Canary Islands."

Mr Duncan se volvió al sobre
cerrado entre sus manos. La emoción
de sus ojos grises era toda la vieja
borracheras, endemoniadas en una única
y moderna, llena de imperio.

– ¿Y qué le dice a V. Lloyd George?

Qué dice? – Y luego Duncan
se rompió en dedos. – ¡Oh, no se lo
digo. La he recibido ayer y en la
La abierto todavía

Y luego de otra pausa ideológica,
en la que dio mis vueltas al sobre, añadió
grandiosa avara la carta misteriosa.

– No se. No preciso abrirla
nunca.

AQ AG/02(4)
R.1074

Final

(17)

Estancia El Vestíbulo del Hotel Wade
~~El Hotel del libro~~ de verano. Clausura
de tarde creciente sobre el atlántico.
Rosa aparece en el hall. En el fondo
una pareja larga, sobre otra pareja. Gracioso lleva
varios de sus rubios. Humo de
cigarrillos diminutivos. La mujer del
hall, parece tiene la cualidad de
los cristales diminutivos el oro brillante
exquisito de las boquillas de los cigarros
diminutivos. Los árboles del jardín se agitan
en lentitud de gasas degauter. Los
pinos del hall se extienden y crecen
unos muy largos, blancos, pegmas prolongados
hasta un mundo diminutivos. Pausa gris.

El Arte del Libro, con el manuscrito bajo
el brazo. Las 16 meses, cabo enluciagado, en
el vestíbulo. Mr Parker ha puesto su mano
derecha, en el hombro del Autor. La cara cariñosa
inexpresiva británica.

Mr Parker = Me parece muy poco acabado Mrs
Mr Durante.

El Mar W. = Si Vds. Ubas no, dígo al menos podría V. fumar en Turbolenta...

El Autor. = No he pensado fumar nada.

Mr Cohen = Entonces le pondré V. el tiempo

El Autor = He pensado el tiempo de V. que es mucho, pero he fumado el humo que como no cuesta nada es mayor y no se acaba nunca. En un tiempo gratis como el cielo, un tiempo que está sobre el cielo y es mar, permanente. El cielo es cielo y es mar, es un tiempo muy, es un tiempo de ofrenda. de todos los días, tiempo de todos los días, un tiempo que se va y vuelve. Un tiempo como el humo de mi cigarro que sube y sube y sube y se pierde en el aire y no deja nunca nada.

Mr Wilson: V. no fuma nunca nada.

Mr Quade. Gracias Mr Wilson. Gracias

El Autor. Creo que no. Hacer nada! Pasar

Supreme ausencia. Nada del Vacío

eternamente en nada, no ser nunca,

nunca!... Nada, no ser nunca,

pero ser una cosa... olvidada...

Mr Parker: Mr Quade, está un buen

equivalente a Vd. mismo. está mejor en Vds y

en Vds pero estará mejor en Vds y

DUROS

Con Vds nunca a

Vds Vds..

nunca, Vds.

3/ H H Nada lo Rich, Mr Parker.
Cuno acaso estuvieno mejor lo Sou Celes
ani Lilo. Li: Un Duncan Lubiera venido
está tarde. él Lubiera puesto un cumplidero
Lukil a la lectura de la 20 hoja. Pero
la borracher no subsiguió. Un Duncan
Mr Parker. Mo permitió verlo. La situación
que la Lubiera V. de él lo Lubiera agradecido
El A Cree V...?
H Coh - Duncan es un pobre diablo...
Todo lo pobres ingleses son Lubiera
la gramática tienen una
un comprendeon una la
cartas escribe en correcto
inglés no puede ser francés (por una
pronunciación). La mata es Your faulty
Mr Parker. Mi dice Lo Lalo
Lubiera sido vulgar. Pero
el Your Lady nunca así una
pobre inglesa no Lady nunca así una
carta... Por eso pienso que Mr Duncan
no la Lodrá escrito sino falsa
Lemble.
(Hoja otra pluma gris. La pronunciación

4/ de encender la escalera] Llegan de
puntas. Se traman de tantear efluvia la
cautelosamente. Oscura entumbe.
Se ve entre los reflejos de la luz sobre las
copas de los arboles la tenebrosa silueta de
Mr Duncan. el profesor
Mr Duncan (acercandose) Good evening!
Mr Parker - El señor maestro L. Clegard
Faure. No ha sido inglés. Seguramente ha
Fosgard Marcaultia. español
Mr Duncan (leía cuentos. Se ve a Clegard
en el mar de los cuentos. Mira y escupe
una bolsa de los cigarros ingles. Se tambalea
y sonda con una dentadura hamletiana.
Y el llegard Faure. Sueño. - Los dos!
CLASES
Mark Parker - Si es domingo!
Mr Duncan - La clase del domingo!
Una tetera para la palabra en
ya todas, tarde. Hemos de palabras. El domingo
se duerme en la noche. Hay una grave
preocupación comercial de Cuenca, en los
personajes, un taller de oficina privada
(privatè affia) una misteriosa inquietud
INQUIETUD

S. de Duncan. Quieren dejarnos el autor del libro, explicando, viniendo a la marcha. el H. Good evening, Sweetheart Lucy. Lu reply. Se han. Good evening, Mister Duncan! Mr Duncan: Un momento, Mister Duncan, el autor del libro. (Pausa. Mr Duncan hace una entra el valet del vino. Me ha enviado a V. de mi cortesía francesa.) el querido Mr Pantin, que habla Mr Duncan; que en ese libro mío. recibe V. mi tarjeta Gracias Mr Duncan. Pero el autor. (Con una impertinencia no tiene Duncan Lo he llegado tarde. No hay tales Duncan. El pues no he podido dormir. ¡Oh, el ruido! He dormido... no he podido dormir. ¡Oh, el ruido! He pedido al dueño Mr Duncan, al ruido HAS DOES MINDED sleep no more... Duncan sleep... !.. Pero Mr Duncan, Mister

C/ Durazno, 7.º puerta ... ¿Se mueve? No
veo a nadie... Lo vuelvo a pisar
en el timbre... ¿No puede V., señora
criada evitarme esa contrariedad? Le
agradeceré. Y mucho que suprima
la cortesía... Lo Lame V. mismo
Abel Lucio
El autor del libro

¡Allright!

Algunos de

(Estos ripios que aquí doleu
ya salieron en las columnas
de la Publicidad, de Barcelona
y en el libro ~~[illegible]~~ - El Lino
de los sueños (1915) y se inició
~~el gusto~~ el ~~[illegible]~~ gusto del autor
~~[illegible]~~ fuera de literatura
por (estos figuras que han
cerca de su vida, han estado
siempre
~~[illegible]~~

AQ. A6/02(5)
R 1074

AO. A6/02(6) R. 1074

Acaso no tuya otro valor
que el de Lutero Lemos hubiera
y aun supiera
para mirarte
de modestia
de mi Autor
V. aun pudiera
de tus ojos
en tus labios
amor,
en tus
Por mi dulzura
Gracias V. en alarido

La fabbrica

avevo un coltello al tavolo

per dire evitare / se ci fa caldo.

—

AQ. A6/02(7)
R-1074

1

2

Las dos mujeres de ~~Mister Talbot~~

.....

~~La primera mujer de Mr. Talbot~~ había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que ~~malgastó~~ su vida junto a la aridez de Mr. Talbot que era un viento seco de egoísmo y de mercantilidad, un trovador de la Teneduría. Para él, recibir una larga carta de Nueva York, una de esas enormes cartas americanas de sobre azul y apaisado—cartas de papel irrompible, las que hay que abrir siempre a puñetazos—era como recibir una idea luminosa o la intensa sensación de un perfume. Cuando Edith, su primera mujer, murió, Talbot esperaba ansiosa de California, uno de estos pliegos urgentes. Por eso, al levantarse aquel día y observar que su mujer estaba más demacrada que nunca, se enfadó. Miraba a la pobre inglesa con cierto rencor comprimido y vió que ya no tenía sino unos ojos profundos, que se perdían en las cuencas sombrías como si rodaran, para desaparecer al fin, en un abismo negro sin fondo. Vió que ya no podía hablar, que la voz no se oía, que era una voz tan sutil y silenciosa como la voz del pensamiento. Y sospechó, se convenció en seguida, de que la muerte rondaba, como una abeja, alrededor de la muchachita rubia. Y hasta sintió el rumor de las alas y el rebotar del insecto en las [illegible] desnudas. Si se muere ahora mismo—pensó—va a ser un conflicto.

Y mistress Talbot, claro, se murió sin más consideraciones. Los ojos acabaron de perderse y la boca se entreabrió para que saliera el tenue aliento de la partida. Se murió, como se mueren todas las delgadas inglesitas de las colonias: indiferentemente, encogiéndose de hombros y dejando entrar por el pecho la muerte para que desde dentro no pudiera arrojar los últimos chorros rojos de la vida dañina.

Mister Talbot la vió morir y después de muer-

la muchachita

ta la contempló largamente, sin piedad y sin dolor. Era una triste silueta. Parecía una armazón de mimbre, bajo las sábanas. No tenía ojos, no tenía boca, La cara era una mancha lívida que se confundía con los claros cabellos de lino. Las manos pequeñitas no se veían tampoco, mezcladas en los amplios encajes de la colcha.

Mister Talbot quedóse indeciso. ¿Qué hacer? Estaba solo. No tenía criados. El portero de la oficina les traía del hotel las comidas. Una mujer les arreglaba la casa y esta mujer no llegaría sino dos o tres horas después. Y él necesitaba estar en la oficina temprano. Lió un cigarrillo. Lo encendió. Y siguió razonando.

Era natural que su mujer se muriera. No tenía hijos, no tenía salud. Una mujer sin salud y sin hijos no era negocio. Además, todo el mundo se muere. Si él hubiera sido el muerto la cosa tuviera otro dolor distinto. ¿Quién hubiese abierto las cartas de Nueva York? Y acordándose en seguida de la que esperaba, y sin mayores reflexiones, con una agilidad deportiva, arrojó el cigarro y se dispuso a vestir la muerta.

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes económicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y las aguas malas de los lavaderos españoles que las rompen pronto. Talbot no sabía qué traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco ~~empalidecía~~ demasiado el rostro.

La vistió al fin con el traje rosa. Y aguardó un rato, contemplándola. ¡Si no hubiera estado enferma...!

Quiso—por un breve instante conmovido—darle un beso de despedida, pero se detuvo. La muchacha tenía una sombra sangrienta en los labios. No era posible, pues, Además, realmente, ella no estaba allí. Aquello sólo era un ridículo simulacro de la querida gentileza. Mejor era marcharse. Y cogió el sombrero, cerró la puerta bruscamente, guardándose la llave y corrió afanoso a su oficina.

—¿Y mistress Talbot?—le preguntó solícito el portero, al entrar.

—Mistress Talbot se ha muerto ahora mismo.

Y se metió en el "Private Office" devorando

2

igualaba / con

con una avidez morbosa todos los sobres ocres, azules, que venían de la América lejana perfumados de humo y llenos de eco fabril.

A las dos horas salió y fuése a disponer el entierro.

Al siguiente día no había ya en su alma huella alguna de la muerte. Con la misma tenacidad de siempre volvió a devorar cartas y a lanzar cartas al mundo.

Pasaron algunos años. Talbot se levantaba a las siete y salía de su oficina a las ocho de la noche. Pero tomaba el lunch, el té y bailaba en todos los bailes de turistas. En esos bailes severos que parecen de oficina, que tienen la pesadez y la monótona insulsez de una oficina.

Jamás hablaba sino las palabras precisas de sus cartas. Parecía no ver a nadie, absorto en la llegada de una carta única, de una carta mejor que las otras, la carta ideal que sería el verdadero triunfo de su vida mercantil.

Llegaba el verano y Talbot hacía un viaje a Inglaterra. Volvía más rojo, más seco y con un traje nuevo pero igual al del año anterior. Un traje gris, agrisado por la ceniza de Londres y por la universal indiferencia inglesa. Un traje de espíritu impávido, gris como el alma de aquel hombre hermético.

Un año volvió con el traje y con una mujer nueva.

Pero esta mujer no era rubia ni triste, ni cristalina. Era una mujer espléndidamente morena, una inglesa injertada, de ojos vivos, que el sol atlántico incendiaba más. Tenía unos senos brincadores, unos senos que hablaban en voz alta, como para matar el recuerdo de aquellos otros senos chiquititos, silenciosos que se replegaron tímidos en el pecho hundido. Talbot había adquirido ahora, una mujer más duradera. Había sido un negocio más firme. La segunda mistress Talbot era una mujer que bien valía cualquiera de los nutridos sobres que Talbot recibía de California con tanta dicha.

Y si antes no había fijado un hogar, ahora alquiló un chalet confortable, porque la nueva mistress Talbot era aficionada a las alegrías caseras. Daba tes, hacía música, jugaba al tennis con sus amigos y cantaba. Traía un ardor

español en la sangre y la carne morena se había curtido bajo el sol de Calcuta. Pero Talbot continuaba sin conmoverse. La mujer salía sola y regresaba muy tarde, la mujer fumaba cigarrillos turcos, la mujer se divertía con todos los pequeños gentlemans de la colonia. Y Talbot mudo siempre. Jamás la mortificó con impertinencias latinas. La dama hacía su gusto, que era muchas veces bastante exótico.

¿La amaba Talbot? ¿La amaba más que a Edith?—Parecía que no la besaba nunca. No se le notaba que la besaba. Tenía los labios fijos, sin huella de vibración, como si no se hubieran despertado jamás por un beso. Mr. Talbot abriría sin duda, el corpiño de su mujer como abría los sobres yankees. Se acostaba con ella oficinescamente y si allá en el recóndito rincón de su alma la guardaba amor, la estridente inglesita no era, no podía ser sino una de las tres horas fijas de Talbot: la hora del té, la hora del lunch, la hora del amor...

Corría el tiempo. Talbot abriendo sobres y su mujer abriendo almas. Y una tarde, cuando el árido inglés regresaba de su oficina, hallóse en el hall de su casa, a su mujer, charlando vivamente con un hombrecito moreno de mirada española. Hizo un imperceptible gesto de "manager" contrariado y aguantó impávido la presentación.

—El señor Prada, mi marido...

El señor Prada había estado en Londres, de ~~comerciante~~ elegante. Era hombre rico, muy distinguido. Había oído cantar a la Melba y vió dormirse, cantando también, en un concierto benéfico, a Adelina Patti. Mistress Talbot, soltera aun, estuvo esa misma noche en el teatro. Y mientras la diva famosa se dormía antes de acabar su canto, los ingleses la ovacionaban. ¡Qué recuerdos...! El señor Prada conocía la "Royal Galery", había estado en el "Serpentine" de Hyde Park. Era un perfecto londinense. Y Talbot, mientras su mujer le contaba entusiasmada estas cosas del señor Prada, tenía puesta su imaginación en una importante avería. Al puerto acababan de llegar unos camiones americanos, todos averiados. Y Talbot necesitaba inspeccionar. Por otro lado aquel señor Prada le había

4

mercader

contrariado un poco. ¡Acaso la primera sensación de su vida!

Y en cuanto tomó el té con el señor Prada, pidió permiso para retirarse.

—Voy al Puerto, si usted me lo permite.

Y rápidamente, como iluminado por una idea definitiva, añadió:

—Venga usted conmigo, querido señor. Verá que camiones tan interesantes.

—Mr. Prada estará mejor aquí—contestó la señora, vehementemente—. ¡Qué ocurrencia, Fred! Llevar a Mr. Prada a ver un camión, como si se tratara de la Giocconda.

—Digo yo—insistió Talbot, mirando fijamente por primera vez a su esposa—que un camión es muy interesante. He oído decir que el autor de la Giocconda era muy amante de la mecánica y, seguramente, le habría interesado más los camiones que sus propios cuadros.

Pero mistress Talbot, volviéndose al señor Prada, insinuó dulcemente:

—Mr. Prada no querrá.

—¡Sí querrá, Mr. Prada...!

Y como el tono de la voz era violento, desusado en Talbot, la señora dejó marchar al señor Prada, que con muyor gusto se hubiera quedado con la dama.

Y Prada y Talbot se marcharon al puerto aquel día. Cuando regresó Talbot, solo, le dijo a su mujer:

—No me gusta nada ese señor Prada.

Y fué tan seca la frase, tenía tal durez la mirada del marido que mistress Talbot desconcertada, acobardada, no osó chistar.

No comprendía mistress Talbot aquella inesperada actitud de su marido. ¿A qué aquella impertinencia impropia de un inglés civilizado...? Eran unos ojos nuevos, duros, decisivos, era una nueva voz de sonido extraño. ¿Por ventura, la amaría aquel hombre...?

La señora de Talbot sentíase distinta, como ante una espantosa revelación. ¿Era la luz atlántica, el sol, el mar, todas esas cosas vibrantes que, actuando cotidianamente sobre el alma de aquel hombre de acero, lo que lo habían cambiado? ¿Era un marido inglés? ¡No podía serlo! ¡Y al mismo tiempo que mistress Talbot descubría este mundo insospechado en su marido,

3

(mas espacio)

sentíase ella también de un modo nuevo, con un ardor distinto. La espalda se le erizaba cálidamente, los senos querían romper las suaves prisiones del corpiño. Cruzaba las manos nostálgica, entreabría los labios con una sonrisa dolorosa y alegre. Ella, en realidad, fué siempre así, pero ahora, todas sus ansias, se extendían lánguidamente, tardaban más tiempo en acabarse y cuando se acababan, dejaban el alma y la boca con un amargo gusto más deseoso.

Otro día, después de aquel señalado, estaba sola, paseándose nerviosa en el hall. ¡No podía ser! Su marido, aquel hombre terriblemente fuerte había vuelto al mutismo; el apasionado gesto no se repitió. ¿Tuvo celos, entonces? Y mistress Talbot, rabiosa, desesperada, sintió cómo en su espíritu florecía un silencioso rencor por su marido. Era un hombre indigno. No había vuelto a ver a aquel agradable señor Prada por culpa de una incomprensible actitud de marido español o italiano. —¿Qué pretendía hacer con ella aquel hombre? Y recordó, espantada, lo que le contaron antes de su boda. ¿No había encerrado a su primera mujer muerta, y se había marchado a la oficina fríamente, sin dolor, sin pena? ¿Y ahora, cómo esa violencia, esa ridícula pretensión de prohibirle sus amigos particulares...?

Mistress Talbot cruzaba por el hall agitada. Tenía irresistibles deseos de vengarse. Sí. Se vengaría. Era necesario recobrar la libertad. ¿Qué podía hacerle Talbot? Matarla, no, porque en el fondo, todos estos egoístas son cobardes. Divorciarse de ella. Mejor. ¡Ah, qué alegría! El divorcio. Eso.

Sonó un timbre, el timbre de la calle. No lo oyó. Y siguió paseándose, concibiendo la venganza. Volvió a sonar el timbre y a poco vió aparecer a la doncella seguida de Mr. Palmer, un inglés bello como un griego antiguo que leía el Kempis y recitaba versos de Tenneyson. Mistress Talbot dió un grito de alegría. La venganza se presentaba mejor de lo que esperaba. Palmer era el hombre. Tendió su mano al inglés y luego de un momento de vacilación en el que acechó el más mínimo gesto de su amigo, se le arrojó en los brazos llorándole apasionadamente.

El lector del Kempis recibió a la fragante compañera con una sorpresa tan calurosa que

más parecía corazón pagano que humilde imitador de Cristo.

Mistress Talbot lo sentó a su lado. Empezaba a vengarse.

—¡Ah, Mr. Palmer! Estoy loca. Lo sé. Esto es una locura. Usted no lo comprenderá. Pero yo me vuelvo loca aquí dentro. Este país es muy triste. Mi marido, además, no me ama. ¡Oh, y usted no sabe lo qué en un país de estos significa no amar! ¡Oh, Mr. Palmer, qué pensará usted de mí...?

Y se juntaba al inglés más apasionada, besándole la boca griega. Y Palmer la recibía más sorprendido pero besando también l[redacted]

—Gracias, Mr. Palmer. Yo le amo a usted. Es decir no sé si le amo, pero no amo a mi marido. A mí tampoco me ama nadie. ¿Usted me amará, Mr. Palmer? Mi marido jamás se ocupó de mí, pero un día sin razón justificadora se siente celoso y me prohibe una amistad. ¿Ha visto usted qué inglés más extraordinario? ¿Cree usted que un inglés tiene derecho a prohibir a su esposa los amigos? ¿Comprende usted que se pueda ser celoso sin amar? ¡Béseme usted, Mr. Palmer, béseme usted! ¡Ah, cuánto diera porque Talbot me viese ahora mismo! Así recobraría mi libertad. Una vez fuí débil, pero no lo volveré a ser nunca.

Y la arderosa inglesa se abrazaba al imitador del Kempis con un oriental frenesí de favorita. Lo besaba en los ojos, en los labios místicos, en la nuca santa.

Había un sol llameante en el jardín, el sol hería los cristales del patio, el mar vibraba cerca. Un rumor infinito agitaba el lomo azul del Atlántico que se tendía en la playa con languidez fatigosa. Mistress Talbot, perseguida por la luz africana, por el rumor marino, crugía de amor sobre las rodillas del señor Palmer que ya no imitaba a nadie sino a su propio instinto, sorprendido y cercado por unos cálidos brazos y una boca furiosa y hambrienta. ¡La venganza estaba consumada ya!

Pero mistress Talbot miró de pronto hacia el jardín y dió un grito, separándose de su amigo. Detrás de los cristales, contemplándola sonriente, estaba Mr. Talbot.

—¡Huya usted, Mr. Palmer! Es mi marido. Por esa puerta... Salga usted por el camino de las lomas... ¡Oh, qué sorpresa...!

Palmer, sin saber qué hacer, saltó por la primera ventana que vió abierta, en el mismo momento que Talbot abría la puerta del hall.

Mistress Talbot, temblorosa, espantada, con un espanto que no esperaba tener cuando concibió su venganza, replegóse en un rincón esperando el instante de la tragedia. ¿La mataría? Volvió a verle los ojos con que miró al señor Prada y sintió otra vez aquella voz terrible y distinta, sonar en el hall. Se había extremado. ¡La catástrofe iba a ser enorme!

Pero Talbot se sentó tranquilamente en un sillón y se puso a hojear un periódico.

—¡Dios mío!—pensó la ardiente muchachita —ahora me mata. Esta frialdad cruel, es una señal de muerte segura.

Talbot volvió los ojos hacia ella. Ella, estremeciéndose, se retorció como una serpiente herida. Talbot la llamó.—¡Ah, sólo le quedaban de vida unos minutos...!

—¡Oh, mistress Talbot...! ¿Estabais ahí? ¿Qué tenéis...? Acercaos.

Pero ella no se acercó. Estaba arrepentida. ¡Oh, si pudiera deshacer lo hecho! Talbot la volvió a llamar; esta vez con la voz más dura. Se acercó lentamente. Y cuando se halló frente a él una sombra de sangre le cubrió los ojos y un frío espantoso le erizó la espalda. Talbot, sonriéndose, exclamó:

—No importa. ¿Qué tenéis! ¡Si os he visto! Y lo comprendo. Un temperamento como el vuestro. A mí no me importa nada. Acérquese... No le haré nada... No vaya a dar lugar a un escándalo... Se pueden enterar los criados... Venga. ¡Si no me importa! Es un inglés reservado... ¡Españoles, no! Los españoles todo lo dicen en seguida...

¡No la mataba, Mr. Talbot! Pero se sintió muerta, con los ojos en el fondo de su alma, se sintió muerta, vestida de rosa y que aquel hombre la dejaba en un cuarto desolado, cerrando la puerta con un estrépito brutal...

AD. A6/02 (8)
R.1074

(1)

El karma de Hooper
o
La venganza de Cristo.

En el temeroso espíritu de Roy Hooper había nacido repentinamente un deseo. El de salir de Liverpool y atravesar el Atlántico. No supo por qué, pero cada día iba sintiendo bullirle más el ansia de su viaje. Una tarde, después de oir una interesante conferencia teosófica, Hooper le trasmitió a un amigo sus misteriosos deseos. No podía resistir aquella ávida codicia de cruzar el mar hacia las riberas africanas. El amigo, muy serio, le animó. Acaso allá, el destino guardábale algún regalado instante de felicidad. El hombre no podía substraer el karma. Si algo secreto lo animaba, era necesario emprender el camino. Roy, tímido siempre, escuchó a su compañero sin mirarlo. ¡Aquel hombre era un alma fuerte, y él no podía serlo! Las palabras de la rara conferencia alborotábanle el seso y no acertaba a definir aquellas verdades que con tanto ardor, con un ardor de llama sagrada, tembláronle ante sus ojos. Sin embargo, pensó que podía ser su destino. ¡Y quería creer y entregarse a su destino!

Pidió permiso en el Banco. Como fué héroe —capitán del 18 Lancashire fusilers—en la guerra, no halló obstáculos. Le concedieron seis semanas. Haría un viaje de ida y vuelta con diez días de respiro, en las islas atlánticas. Buscó una maleta, la llenó de camisas de colores, colocó dentro el forzado smocking y unas conferencias de Annie Bessatn y Madame Blavasky, que le había regalado su amigo para la iniciación religiosa y compró el pasaje. Metióse en un barco frutero y un lunes neblinoso, sordo de amanecer, salió en el Puerto de la Luz.

Pero cuando se halló en el muelle acordóse

de que no conocía a ningún inglés de la colonia y que aquellos arenales solitarios de donde brotaba un silencio denso, no podían guardar más destino que una muerte bajo un sol antiguo y cansado. ¿Por qué salió, entonces, de Liverpool?

Roy Hooper sintió súbitamente, dentro de su alma, los 35 años de su vida; los sintió sueltos, agitándose como en un cofre demasiado grande y se acordó de su rostro infantil colorado y fofo de cupido británico, que no delataba los años escondidos ni la profunda heroicidad de sus servicios milicianos. Toda su faz tenía una emoción de inocencia tan graciosa, que no se le veía nada de lo grave de su sentimiento y de su raciocinio. Sin embargo, había adoptado un aire de aburrimiento manso, un aire de turista genuino, del turista distraído que se mete en un viaje como en el lecho. Fumaba de su pipa vieja, esperando el humo y, acaso, que la ciudad se le acercara solícita. La pipa no humeó jamás y en aquel instante, Roy chupaba sin consecuencia, sin poder llevar un poco de comprensión al tabaco arrebujado sin piedad en el fondo. El alma de Roy estaba estancada también dentro de su cuerpo, como el tabaco en aquella pipa tenaz que trincaban nerviosos sus dientes de oro.

El muelle empezó a vivir la semana con lentitud. Pasaron unos atletas guanches, hijos mozos de la isla ardorosa; cruzaron unos carros esqueléticos arrastrados por unas mulas nutridas; pitaron las falúas llenas de resplandores de sol naciente. Un velero, madrugando como un labrador alegre y ambicioso, corría hacia el horizonte del Africa. Una grúa, abrió los brazos, se desperezó chirriando y empezaron las voces cerca y lejos, de los hombres del muelle, a llamarse y maldecir. Roy vió en el fondo del muelle un parque sonriente donde paraba un tranvía recamado de polvo y suciedad. Y llegó a estremecerse, al comprender todos aquellos movimientos lentos, lánguidos, todo aquel panorama inexpresivo que no había logrado hollar el alma universal, tan frecuente en visitas.

Miró a todos los lados sin moverse. No veía a

ningún inglés. El día empezó a limpiarse de nubes, abrióse un cielo de claridad celeste y el mar parecía como si se hubiera parado para fortalecerse de sol nuevo. Pero todo el paisaje que se tornaba violento, todo el paisaje tropical le fué enemigo. Hooper, entre el desfile numeroso de caras morenas, no hallaba el rubio de sol débil, el rubio conocido e inconfundible que pudiera sacarle la nebulosidad de su alma. A pesar del color exaltado de la mañana sintió en la recóndita quietud de su espíritu un frío de augurio.

De pronto, un hombre largo, avanzó en el muelle dando zancadas estrepitosas. Roy se volvió. Era un caminar semejante al de los diques ingleses, tenía el agrio sonido patriótico de sus muelles británicos. La mañana empezó entonces a sonreirle, hermosa y magnífica. Habló, dirigiéndose al hombre de las piernas alegres. ¡Era un inglés legítimo!

—Buenos días, querido señor. Soy inglés. Acabo de saltar, no conozco a nadie y no hay otro pasajero que yo. ¿No hay un hotel cercano?

El otro inglés lo contempló largo rato como identificándolo. Luego respondió con una fría serenidad mercantil:

—Sí, querido señor. Junto a ese parque.

—Gracias, señor. He venido por unos días a ver este lugar que tanto amamos todos los ingleses. Yo he estado en la guerra. ¿Usted no ha estado?

Y el inglés de los zancos recogióse estremecido. ¡No estuvo él! Sintió dentro de su sangre pacífica un vergonzoso hormigueo que lo desazonaba burlándosele. Pero no mintió.

—No, señor, no he estado.

Roy reprimió el desdén que dió un salto del corazón a los labios. La clásica soberbia nacional le subía al rotro precipitadamente, pero pudo contenerla. ¡Había que aniquilar el yo falso y perecedero! La conferencia de Liverpool apareciósele entonces con todo su bienaventurado esplendor. Compadeció a su desdichado compatriota, y humilde, como convenía a su nueva creencia, despidióse en silencio.

Llegó al hotel. Instalóse. Abrió las ventanas sobre la playa opuesta al muelle y contempló largamente el otro lado del mar, el otro mar; más sereno y más luminoso. Era un mar de lago, para recordar sobre su quietud las horas del ocio nostálgico, el mundo dulcísimo de las memorias. ¡Qué distinto al mar gris por donde había entrado! Mar de hierros oxidados, desleídos, claro también, pero con una lejanía más reducida, como el patio de una casa naviera, llena de bullicio universal, donde todo era llegar y volver rápidamente, sin quietud y sin alma. ¡Deseos remotos pero concretos de arribar fijamente un día a un lugar! Un mar que crujía violento, para los amaneceres comerciales y el estridente mediodía solar. Hooper lo recordaba mirando al que temía cerca, confundiendo las sensaciones y suspendidas por una correcta angustia, las palabras de su idioma. No se atrevería a hablar con nadie. No podría habiar. ¿Cómo hablaría? Y surgió el fantasma de su amigo lejano y atormentado por un presentido dolor abrió la maleta y sacó las conferencias hojeándolas distraído. Seguramente. El hombre no ha de substraerse al karma. El sabio amigo no debía equivocarse.

Sintió como las sensaciones se le dormían lentamente y como le corría por toda el alma un riego frío y neblinoso: el "Spleen." Acordóse de Londres, de los 19 puentes que cruzan el Támesis, de los siete millones de hombres que mantienen la inmensa ciudad y el sueño lo empujó, desolado a vagar bajo las arcadas de la Abadía de Westminster. Liverpool, brotó después en su memoria; los paseos del ocaso, las conferencias espirituales, sus días de iniciación interrumpidos por aquel raro y maldito deseo de cruzar el Atlántico. Todo se mezclaba borroso en su sueño. Y recordó también, como otro día hubo de matar el "spleen" con la lectura de una estadística de algodones, la eterna riqueza de su ciudad. Trepidó en sus oídos el eco lejano de los astilleros de su provincia, vió cruzar barcos y barcos por el río con una rapidez cinematográfica y aunque la ciudad atlántica parecía dormir más allá del

muelle una eterna siesta mora sobre los arenales, sintióse sordo por el estrépito de sus recuerdos. El "spleen" se le subía por la nuca, cosquilleábale en la garganta y como si tuviera dedos de fuego, le arañó, quemándole los cabellos; volviéndosele a bajar hasta los pies. Se recostó en la cama, apresado por un miedo ciego, infortunado. El "spleen" no lo dejaba respirar. Como una serpiente lo sintió correr bajo la pechera, lo vió salir y saltar sobre la mesa de noche. ¡Nunca había visto el "spleen"! Y lo estaba viendo ahora. Era un animal lechoso y esmirriado, como un feto viejo, que se tornaba invisible por pedazos. Hooper vió de pronto una sola cabeza chata y deforme que temblaba en el aire y luego aparecer un cuerpo estrecho que la sostuvo sobre la mesa. Después no vió cabeza ninguna. Y un brazo más tarde apareció, un brazo que huía con un cascabel apuñado en la mano. Y de repente aparecieron unos ojos señeros, unos ojos opalinos en cuyo fondo, como en un horizonte profundo, se veía un sol pequeñito y turbio, un sol sin rayos, que quería apagarse sin lograrlo jamás.

Hooper, devorado por sus presentimientos, creyó cercano el karma. Presentía un te malo, que ya parecía estar apurando, un "roas-beef" caliente, sin recuerdos británicos. Aquella ciudad no era España, por lo menos no era la España presentida. No era Freetown tampoco; no era nada de la costa occidental del Africa. Se levantó y se fué a la calle.

La gente lo miraba con una alegría ancha, bulliciosa. El se creyó que lo miraban así. ¿No habían visto nunca aquellos estúpidos un inglés callado? Tan grande era su emoción, que olvidó sus ojos azules. No sabía mirar. No quería. Caminaba, caminaba. Le pareció la ciudad una hedionda cueva; el aire brioso, caliente, le azotaba las mejillas infantiles. ¿Dónde ir? Andaba a obscuras, como por unos subterráneos raros, lejanos. Sintióse febril. Pensó que el inglés, decididamente, no puede vivir sino en Europa, que debía haber un paludismo espiritual en estos cielos tonantes para las almas inglesas.

Un limpiabotas se le acercó, y extrañóse verlo con las manos negras del betún. Cruzaron a su lado unos burros pacíficos que se movían lentamente, con una humildad que le despertó de su sueño. ¡Los burros no tenían "spleen", no sufrían la egoísta tiranía del yo! Detúvose a escuchar sorprendido, aquella reflexión de su entendimiento y empezó a serenarse.

Unas mujeres vestidas de blanco, alborozadas y preciosas, lo envolvieron con sus risas y sintió entonces un golpe en la blanda pechera y vió como el "spleen", dando un vertiginoso salto, salió anhelante y se posó en la testa de otro inglés que aguardaba el tranvía.

—¿Iré a la ciudad?—pensó—. Mejor será recorrer el puerto.

Y siguió su camino. El día vibrante, cegaba sus ojos. El mar palpitaba bajo el torrente solar y en las calles del barrio la soledad ardorosa le ofrecía un encanto inmenso y desconocido. Al socaire de los portones de vecindad, las mujeres morenas, despeinadas, encendían la lumbre de los braseros. Lo vieron pasar sonrientes. Hooper observó extrañado como el ardor de la tierra y el rumor denso de la ciudad lejana, le sujetaban con blandura amorosa. ¿Estaría, como aseguró su amigo, el destino cercano? Y el corazón abrióse para que el fresco sutil de la mañana marina penetrara en él. La llanura del mar le atraía vehementemente y en el dulce calor de su alma renacieron otras confianzas maravillosas. ¡Allí era sin duda el camino de su verdad! Cerró los ojos inflamados de sol y volvió a abrirlos hundiéndolos, con más poderosa mirada, sobre el cielo hondo y remoto.

En medio del extásis religioso de su espíritu confortado sintió el sonar melancólico de una campana lejana. Volvió a su camino sobresaltado y miró a lo lejos. ¿Habían sido las esquilas? Y en sus continuadas expectaciones infantiles, creyó ver las vacas atlánticas. Se las imaginó nutridas, como las suizas, relucientes y limpias, brillantes como untadas de sus propias leches sanadoras. Sonó la campana otra vez, pero Hooper no veía las vacas deseadas.

Un viento afilado, repentino, llegó del mar. La calle estaba sola, pero en la lejanía de la calle vió Hooper un grupo de hombres que se acercaban austeramente. Y vió que la campana que él se había imaginado esquila, la traía uno de aquellos hombres. Roy se detuvo sorprendido. Los hombres se acercaron. Eran cuatro; dos portaban en sus manos lacias, unos faroles grandes y encendidos, mientras el de la campana caminaba en medio haciéndola sonar con un aire litúrgico y pedante. Detrás de aquellos hombres extraños venía otro, con una capa de damasco rojo, deshilachada y vieja, y una a modo de relojera, colgándole del cuello. A Hooper le pareció una relojera bordada. Los miró largamente. El hombre de la capa le tornó la mirada iracundo, mientras el viento afilándose más, cercenaba la clara tranquilidad mañanera.

Hooper, ante la mirada del hombre sintió un desasosiego infinito. El misterioso cortejo se detuvo. Unos hombres que cruzaron la calle arrodilláronse devotamente. Y el ser de la capa torció su mirada, doblándola en el aire, como un florete, despidiéndola después sobre la ansiosa faz de Hooper. Era el de la capa un hombre rasurado, de frente angosta y desnuda, con unos ojos poblados de tinieblas, que rompían, al mirar, un fuego profundo y avasallador. Tal como debió ser la mirada de aquel monje florentino que se llamó Savonarola, pero con una imperfección más salvaje y más idiota. Hooper lo contempló extático, detenido por la anchura de aquella mirada fatal. El hombre de la capa dió un grito terrible y le señaló con un dedo anematizador.

—¡Animal!... ¡Arrodíllese!

Hooper no entendió y aunque el corazón dióle un golpe en los labios, siguió mirando receloso.

—¡Arrodíllese, sinvergüenza! ¡Tenga respeto, granuja!

Hooper sentía el ruido de aquellas palabras que eran sin duda para él y se miró instintivamente la bragueta. Estaba abrochada. Palpóse la cara, se tocó la camisa. Estaba correcto. ¿Por qué le gritaba, entonces, aquel energúmeno?

A los desaforados gritos reunióse la gente de los portales cercanos. Muchachos desnudos y mujeres despeinadas rebullían junto al inglés que miraba a todos los lados con mayor desazón y angustiosos temblores. Acorralado, rojo de miedo, sintió como le hurgaban el alma unos dedos llameantes y quiso huir saltando sobre el grupo bullanguero. No pudo hacerlo. El hombre de la capa seguía gritando con mayor tenacidad fanática.

—¡Descúbrase, hereje! ¡Arrodíllese, bandido! ¡Pues no entiende! ¡A ver, un municipal! ¡Que venga un municipal!

Y apareció el municipal indígena, con una lentitud remolona arrastrando un sable viejo y corvo. Hooper volvióse a sentir aturdido por el retumbar fabril de sus recuerdos e hizo ademán de correr. Pero el hombre de la capa roja se le acercó furioso y le asió de las manos.

—¡Lleve usted a este hombre preso por desacato a la religión!

Los chiquillos gritaban. El humo de los braseros subía e inundaba la calle con una rapidez ominosa, tejiendo en el aire unas sombrías siluetas de augurio. La procesión de la campana prosiguió su camino.

—¡Señor "policemann"!, ¿por qué me detiene usted? ¿Qué ley he vulnerado?—repetía dulcemente Hooper mientras renovaba el andado sendero.

Pero el municipal lo empujaba, regocijado y maligno:

—¡Qué injurias estarás diciendo en esa lengua del demonio, maldito inglés?

El viento era un punzante puñal de fuego en los labios de Hooper. Los amargos ojos, buscaron sobre el mar un testigo razonable. Y el alma nublada, fría y humilde, anheló una repentina muerte bienaventurada. La sirena de un barco hirió alegre la paz de la mañana. Hooper caminaba arrastrando la mirada sobre las sucias baldosas de la calle. Acordóse de su amigo lejano y se echó a llorar como un niño por primera vez en su vida...

[redacted]

AQ. A6/02 (9)
R. 1074

Había nacido tan secretamente, en la quietud humeante del "Boarding-House", de mistress Lucy Wilson, que cuando ya fué una muchacha y apareció en el hall, todos los ingleses se quedaron sorprendidos: "¿Cómo, en una noche, había crecido una mujer tan hermosa!" Mistress Lucy Wilson dijo que era su nieta, y que venía de Londres a refugiar su desamparada orfandad en el rincón de su casita atlántica. Pero todos tenían la vaga sospecha de que la moza había nacido en el "Boarding-House". ¿Por qué? Porque tenía una gracia de almendro y una alegría ligera y frágil, como su propia pamela. Aquella juventud tenía que haberse formado, lejos del humo fabril de las largas chimeneas grises, que lucían en el fondo de las calles londinenses su imperturbable tiesura de "policemans". Era demasiado linda, y los ojos azules se removían con una viveza de angelillo para no tener por padrino natural el alegre sol africano. Había que creer, pues, que su patria era la isla.

Llamábanla Mabel, y se reía siempre secándose unas lágrimas fáciles, que le salían por cualquier cosa, fuera alegre o triste. Tenía una inocencia tan inglesa, que a los diez y ocho años no sabía de donde llegaban los rubios "boys" que ella veía jugar en la playa, más rubios que el sol, haciendo montones de arena, bajo los cielos gloriosos de la Atlántida.

Era hacendosa, limpia, con esa limpieza armónica y humilde de jabón de ropa; limpieza fragante, con un alegre olor de bondad casera.. La alegría de Mabel era limpia también, una alegría de mañana húmeda y llena de sol; alegría de una amplia y cándida sonrisa perenne. ¡Oh, el olor de su alegría..! Estallaba de salud, aunque era fina y

2

...útil; pero la sanidad de...sa de su sangre rosada y tibia se veía correr por las mejillas y alumbrar de pronto, con una celeste claridad más pronunciada, las pupilas azules. La veíamos en la playa, que la hacía más tierna, mirando el mar con asombro inocente, y el aire del mar le quitaba toda su secreta fuerza de mujer recién amanecida. El alma de Mabel era un paisaje primitivo, de colores claros, limpio y cándido, con un arbolito, y un mar, y una paloma, y un lago, y una montaña, todo junto, firme, gracioso e irreal. Los trajes blancos, transparentaban la divina mocedad del cuerpo, dibujado, un cuerpo de "girl", como un frágil dibujo de la "Vogue". Los senillos nuevos, bajo las transparentes blusas de encaje, con la alegre novedad de su nacimiento, se sorprendían de hallarse allí y no poder corretear su alegría de ser redondos y pequeños por aquel arenal húmedo y brillante, de donde partía para un horizonte muy lejano, otro arenal intermitente y azul. El mar no podía coger los senos, y los senos se alegraban, como los niños que se acercan a la orilla y se apartan entre risas y gritos jubilosos. Todo era limpio alrededor de Mabel. Ella encontraba encajada su limpieza en todos los lugares de aquella faz tan armoniosa. La bruñida claridad matinal y el oro viejo de los crepúsculos marinos la encerraban como en un cofre oloroso y de una amplitud mansísima donde podía revolver su alma y su alegría. La muchacha guardaba contenta el juguete de su alegría, como si lo hubieran arrancado sus manos del árbol de navidad de un sueño.. Cuando esparcía su mirada pequeña sobre el Atlántico, y le parecía oirlo lejos y hondo, sus ojos se hacían súbitamente de mujer, pero esto era sólo un momento: la gracia infantil volvía a removerle el ánima preciosa.

Era Mabel, simplemente. Pero ya los ingleses, rutinarios y mecanógrafos la empezaron a llamar Miss Mabel. Ella pasaba frente a la encarrilada sensación de aquellos hombres, como una paloma latina. Era la grata luz de los escritorios de sus compatriotas, el divino rayo de sol sobre la máquina, que brillaba su níquel con una correcta serenidad de sueldo invariable. Era tan inocente como las banderitas que se ponían los ingleses en las fiestas del "Seamen Institute", los días de concierto benéfico. Tenía la misma candidez de la bolsita de seda, donde se recoge el regalo metálico de aquellas fiestas desabridas. Su vida y su sueño eran blancos; y al mirarla mucho, parecía que no tenía lecho, de tan pura y tan leve, sino que se dormía en las chinelas de lona que la llevaban por la playa como dos barcas ideales de una leyenda. No se podía cojer. Era el

temor a destrozarla su blancura de zapato blanco, a quitarle el polvillo que limpia el zapato, polvillo de vida, como los de la mariposa. La dejábamos volar para que sonara bajos la voz inglesa, la maravillosa voz de palabras inglesas que salía como un pensamiento blanco, fino y diluído y se perdía en la haz espumosa de la orilla.

Había en el "Boarding-House", un inglés elefantido, un inglés sin larguera gris, sino estridente y rojo, como un Falstaf, sin gracia y sin inmortalidad.

Un inglés de voz terrible de grúa, que el como una grúa, con una cadena de relo enorme de grúa; y como traficaba en carbones, tenía su voz como empolvada del hollín de las grúas y los ojos con ese brillo de diamante negro, como el carbón de piedra. Crujía también como el carbón de piedra machacado. Mabel desaparecía ante el inglés y sus trajes graciosos eran como una brisa inútil sobre la conciencia cementosa de aquel inglés excesivo.

Mabel tenía miedo. Ella no podría casarse nunca con un inglés así. Y se reía pensándolo. Podría esconderse entre los dedos de sus pies y correr entre ellos como en un valle. ¡Un pie que sería una encrucijada! Mabel escondíase al verlo. Le tenía miedo, un miedo alegre. A veces él la tapaba toda y Mabel jugada imaginativamente con su propia figura, escondiéndose de su voluntad, detrás de la mole. El sonreía con una sonrisa crujidora, brusca sonrisa, que más bien parecía una crispación salvaje de los labios. Y aunque era el más honesto y la llamaba correctamente "señorita", Mabel se imaginaba que estar dentro de aquel hombre era esconderse en un cañón de "dreadnought". ¡Ella había estado en un cañón de esos y se había asomado a la boca como por la ventanita de un chalet británico!

La vida en el "Boarding-House" era una constante vida de té, con monotonía de "lunch" económico y ritmo de hojas de "Times". Los domingos españoles, tan españoles, con esa alegría española de merendero y ese sol de parques andaluces, se tornaba dentro del "Boarding-House", gris, inglesa y hasta parecía llover dentro, una lluvia menuda de guadarropía. Mabel, sin embargo, acechaba el sabroso ambiente de los rincones del Puerto y se echaba a la calle con una inconsciente protesta de irlandesa sentimental. El trajecillo blanco, la pamela y los zapatos de lona, todo lleno de gracia de sol le empujaban lejos, Huía de su propio regazo, huía del presentido pánico ... había de darle en consuetudinario roas-bef" aclimatado.

La abuela la veía crecer y la soñaba mayor, ayudándola en el camino de su

3

negocio, pero Mabel se había sindicado con el sol y no hacía sino lo que el sol la ordenaba. ¡Y el sol corría por la playa alegre y se metía alegre en el mar y cosquilcándole los pelillos dulces de la nuca, la volvía más dibujo gentil! El dibujo corría por la playa siempre, y así fueron pasando los días de la primera mocedad.

—Miss Mabel—decía el inglés mastodóntico—es una muchacha muy alegre. Tiene una alegría de muchacha inglesa pero adulterada. No obstante, yo me casaría con ella sin inconveniente.

Los demás huéspedes—oficinistas todos—no entendían cómo aquel carbonero mostruoso, rojo por los carbones que le ardían dentro, sentíase con soberbio valor para aplastar la amorosa ternura de la "miss". Porque casarse con ella era aplastarla, como una mariposa, entre las páginas de un paquidérmico código comercial.

Pero Mabel no sabía de amor seriamente. Delicada y dulce todo lo fuerte la hería: la voz profunda, la mirada insistente. El cuerpecillo estremecíase de

miedo y el corazón se le estrellaba en el pecho. ¡Y, casarse...! En cuanto a casarse, ella se casaría con uno de aquellos "boys" rubios, de dos años, para poder besarlo mucho, besarlo limpio y sentir en las mejillas ese frío limpio de los niños rubios que hueien siempre a infancia inglesa. Toda la alegría del amor de Mabel por el amor nacía sólo para el "boy" y las borlas chiquitas de los botines del "boy". La ternura de su vientre y de su alma tenían una idéntica inocencia y suavidad... ¡El amor, sí, pero para el niño, blanco de la playa, el niño que ella quería tener sin saber cómo! ¿Cómo se tendría aquel niño tan bonito...? Y la extraordinaria candidez de sus 18 años inmaculados se apresuró a querer un niño de aquellos, sin casarse. Y así se lo dijo a la abuela, pero la abuela ¡loca! le contestó muy grave que no podían tenerse esas cosas sola y que era preciso casarse y estar muchos días casados para tener un niño así. Y muchas veces no se tenían...

Acudieron a su cabeza unos pensamientos raros y alborotadores, como las olas del mar y Mabel no podía apaciguar su espíritu en aquella inquietud de torbellino que la regaba toda. ¡Ah, una cosa tan bonita, para mujeres solamente, había que obtenerla con un hombre al lado!

4.

Mabel perdió el sosiego y la dicha de su alegría. La vieja Lucy le habló un día de matrimonio. Mr. Nelson, el inglés grandote, estaba enamorado de ella. Se lo había dicho. Era hombre prudente y con algunas libras esterlinas sobre las otras humanas. Así era posible que tuviera el "boy" que ansiaba.

—Es un caballero muy bueno, Mabel.

Y Mabel, entonces se volvía a reir. ¿Caballero? ¿"Gentleman"...? ¡Su vida de blancura, de canto interior se iba a encerrar en aquel armario austero, en aquel hombre terrible que era nada menos que un caballero? ¿Y qué iba a hacer ella con un caballero tan grande...!

Olvidóse del amor. Tornó a correr por la playa. Y cogía el balón de los chicos y lo arrojaba al mar como si fuera el amor que de nada podía servirle.

Pasó, empero, algunas noches sin dormir. Soñaba que [illegible]a una ballena enorme — Mr. Nelson — y se le tragaba; soñó que era un perrito de lanas blancas lavado y rizado que estaba dentro de un bolsillo, dentro del profundo bolsillo de Mr. Nelson. Soñó con unas Pascuas alegres con una tarjeta de pascuas, que era ella; blanca, con letras doradas y que la manchaban con una letra negra y gorda — la de Mr. Nelson—. Soñó que era su propia pamela, que unas negras manos de "gentleman" la estrujaban impávidamente haciéndola una bolita.

Pero el amor la rondaba. ¡Y Mabel era una lámpara de cristal nueva que habían puesto frente a un ventanal abierto, por el que entraba un viento huracanado. Se encogió, en uno de los sueños más angustiosos, y se fué haciendo tan pequeñita de miedo, que ella misma cabía en su propia mano. Sintióse apuñada por su mano para salvar su vida, y como se apretó tanto para que no la descubrieran, hubo de marcharse el sueño y despertarla, dejándola el rastro silencioso en la mirada húmeda y sorprendida.

Fueron muchas noche así. El sueño volvía cada noche más leve, más volandero y de cada sueño salía su inocencia más blanca. ¿Qué podía ser ese Amor y cómo mister Nelson un caballero...?

5—

Hasta que llegó un pérfido día inglés, uno de esos días sensatos de la vida, como un hijo que viene de América, y Mabel, sin amor y con la alegría escondida, se fué al Consulado con míster Nelson y allí firmaron un papel terrible, que los juntaba para toda la vida. Y tuvo su caballero. ¿Pero el "boy"...?

Casóse como en un sueño. Era un caballero aquel inglés; la abuela, además, estaba vieja y ella no era una mujer muy inglesa, que tuviera el secreto fácil de la mecanografía ni una taquigráfica vocación. Ella no era más que una alegría simpática. ¿Qué mejor que su caballero cuidara de su porvenir?

¿Fué feliz...? A los pocos días de la boda la vimos. Mabel estaba como asustada, sin saber qué era de su alma buena. El corazón, voladizo, se le veía sobre el seno, rojo y abierto, buscando por todo el mar la perdida alegría. Mabel iba por la playa y sonreíase como una chiquilla que ha descubierto una gracia pícara. Notábasele el pensamiento fijo en una cosa misteriosa que la había sorprendido, cómicamente. Recogíase sus manos sobre la falda en un susto cómico y se sonreía con todos los labios, y así le quedó por siempre en los labios una sonrisa inocente, pero de una inocencia que no quiere aceptar o comprender la verdad grosera de las cosas.

La vimos otro día:

—Mabel, ¿te has casado?

Y respondió, alegre, con casi la alegría de ayer, contenta de tener una cosa que acaso nadie tenía en el mundo.

—Sí, con un "caballero".

Y fué ciertamente un caballero míster Nelson. Bueno, como su carne y su vientre. No tenía sal, pero gozaba de una ternura de col bien guisada. Mabel estaba satisfecha de su caballero; mas no abandonó el sol, que fué sin celo ni envidia, su amigo de siempre. Y un día...

Un día de mar liso y claro, donde la sombra de las montañas insulares crecía y el sol, saltando por sobre las sombras fué a buscarla. Mabel adivinó temblorosa cómo era el caminito por el que venían los "boys" y cuál era esa patria áurea donde todo es niño y alegre... El amigo sol acercó su rayo enorme como un dedo y la señaló el vientre herido. Y a Mabel, que ni su abuela, ni su caballero, quizá por caballero le habían hecho nada, vióse un grande vientre como el Christmas, Pudding... ¡Ah, qué inocente su vida! "Aquello" era todo. ¿Cómo creció sin darse claro entendimiento? Se asustó.

La abuela, ante el susto de Mabel abandonó su austeridad británica y aclaró el misterio. Dentro de aquella cacerola humana se confeccionaba el menos esperado. Entonces Mabel comprendió todo lo caballero que era Mr. Nelson y lo empezó a amar más tiernamente.

Iba a tener un "boy" rubio como el de la playa. La alegría se hizo más estrepitosa; quemábase en el aire por los rayos del sol y se tendía en la playa, como una espuma. La alegría era la gaviota de las alas inmovibles que se precipitaba en las aguas atlánticas. ¡La vida era más alegre de lo que ella había supuesto! Miró el sol y vió a su "boy" rubio como el sol sonriendo desde el fondo del sol... Y pensó que todo tendría para ella sonar de campanas alegres y que su orfandad había sido suerte de Dios que la llevó a unos mares ardorosos donde había un sol tan grande que cuidaba a los niños en el vientre y los echaba después al mundo más dorados que él.

El "Boarding-House" se llenó de sol. El amigo de Mabel se metía hasta los más ocultos rincones, buscándola. Parecía el "Boarding-House", el propio vientre de Mabel. Mabel se lo tocaba y sentía impulsos repentinos de abrirlo para ver lo que tenía dentro, como aquella muñeca que abrió en su niñez. No dormía. De noche se escuchaba y oía venir al "boy", ¡Ya llega, ya llega...! Dormía sola, porque el caballero se apartó de su lado para no molestarla. La nutria, con salsas y mantequilla noruega. Cuidábala como una vaca preferida.

Mabel se puso fea. Ternósele el vientre como un tambor, y la graciosa figurilla enflaqueció de alegría desmesurada. Toda ella estaba en el vientre. Detrás del vientre surgía un palo largo, que lo sostenía como el bombo de las rifas de feria.

Y una tarde de oro antiguo, severo y amplio, un oro católico, de catedral vieja; con un mar ancho y poderoso, mar de otoño africano, Mabel sintió en su vientre unos dolores terribles. Y dió un grito que mató de golpe, toda su alegría.

Acudió la abuela, acudieron las criadas del "Boarding-House". Todos, menos el caballero que estaba en un barco amontonando chelines para su "boy".

Mabel gritó, gritó toda la tarde. ¡Aquello no podía ser de su "boy" querido! ¿Su "boy" la estaba pegando? ¡Lo que ella tenía allí dentro era al caballero y su grúa, o un saco de carbón infernal! Su "boy", rubio y dulce, no podía ser tan malo.

Llegó la noche, y los dolores no se acabaron; más bien crecían con un espanto de tormenta. Mabel no sabía dónde estaba su alegría. Sintió una rabia inmensa por haber perdido su alegría, y revolvióse desesperada en el lecho. Y después de muchos dolores más salió, como la clara luz de un cielo abierto, el redondo y mantecoso "boy" de los ojos azules.

Mabel se durmió tranquila. Pero soñó con el dolor tan vivamente que sintióse más dolor todavía en el sueño. La alegría bulliciosa de su alma y la inocencia de sus diez y ocho años bonitos se le había escapado por la entrepierna rota y las tenía a su lado, con unas manecillas sobre un pecho rojo y nutrido...

Al mediar la noche oyó en el sueño una voz esquiva y temerosa, la voz de la criada del "Boarding-House", que le dijo:

—Miss Mabel, aquí está el caballero que quiere verla a usted. Dice que si se puede pasar...

Despertóse. Volvió a temblar y la apresó un susto más crecido y lloró sin lágrimas y refugióse, zahareña, en las sábanas. Después balbuceó cándidamente, dentro del miedo de su alegría, estas palabras:

—¡Ay, no, no...! ¡Yo no quiero nunca más caballero...!

AQ. A6/02(10)
R.1074

(13)

El amor eléctrico.

Nuestra amiga, la señorita Bland, acaba de contraer matrimonio. Si la pasión no ha sido volcánica, lo fué el acto civil, de una rapidez de pensamiento. La señorita Bland pensó en su boda, y en el acto se casó. El papá de la señorita no ha podido enterarse todavía.

Esta inglesita dorada y sonora es la única hija de uno de esos militares ingleses que van a la costa de Africa, con aire y condiciones de comerciante. Un señor viudo, de bigotes largos, sobre la boca, cubriéndosela como una glorieta. El militar nos había dejado a su hija en un hotel, mentras negociaba o militarizaba en Sierra Leone. De cuando en cuando aparecía a ver a su niña. La niña, en tanto, recorría la ciudad alegremente, vestida de blanco, con un bastoncito de gentleman. Es linda, canta como una italiana y sabía cobrar su pensión de libras con infantilidad de mujer y cuquería colonial de comerciante. La voz era benéfica, benéfica para los hospitales y las Cruces Rojas. Miss Bland cantó en todas las fiestas dadas que organizó el "Over Seas Club". Ella ha contribuído con seis camas. Una cama de los hospitales del frente fué construída con los gorjeos de la señorita Bland. Era una dulcísima voluptuosidad presentirse uno acostado en aquella cama armónica, graciosa y ligera, hecha de la voz de la inglesita, y hasta sentir en las heridas las notas musicales de la miss, como un agua fresca que lavara la sangre coagulada.

Era un número de concierto ambulante. Parecía siempre como que se había escapado de un concierto inglés, que acababa de dejar el salón donde sus austeros paisanos la aguardaran inútilmente. Era una nota bonita, fácil. Al sentirla cruzar a nuestro lado nos daba la impresión de un agua de verano, agua de jardines. Tenía el claro olor de un baño reciente, un baño de mediodía; parecía tener la gracia limpia de un cuarto de baño nuevo, con un ventanillo abierto sobre una huerta, y hasta nos hacía presumir una carne de jabón de frutas. El refugio de su cuerpo era un refugio fresco, húmedo. No había calor a su lado. Olería un ardoroso día de Levante, era ensanchar los pulmones y humedecer las narices, obstruídas de polvo, de sol. Era la brisa de la tarde, la brisa marina, que cruzaba por la ciudad cuando el sol se perdía en las montañas. Sola, sin novio y sus veintiocho años hechos diez y seis, nos alegraba el camino. Salía de una tienda inesperadamente, tropezábamos con ella al volver una esquina. La risa era una risa domesticada a la española, una risa de escenario, risa doctora en teatralería, amiga íntima del bastoncito que golpeaba en la acera al compás de la risa como un esclavo eterno de ella.

Cada uno de nosotros habíamos acordado íntimamente que no se casara con nadie. Y poníamos un secreto esfuerzo volitivo en alejarle los novios. Y ella lo notaba, porque todos se iban pronto. Los años pasaban y el tiempo lo perdía. ¡El tiempo! ¡Un tiempo extranjero! Pero no, no era perderlo. El tiempo pasa renovando las almas, sin hacer jornada en quienes la infancia hincó sus prestigios para toda la vida. El tiempo no podía perderlo, porque es él quien nos pierde. El tiempo desfila incólume sin entremezclarse en nosotros, para arrastrarnos a los que por mayor seriedad nos acercamos a su orilla. Y la señorita Bland no se quería acercar, todo lo hacía a la margen del tiempo. Como una niña arrojaba sus años al tiempo, pero ella se quedaba con menos. No, no perdía el tiempo. Todos estábamos de acuerdo para no dejarla marchitar. Y acaso por eso se ha casado brúscamente, para que no tuviéramos tiempo de quitarle su último novio.

(3

Lo conoció ayer y se ha casado hoy. El papá, en Sierra Leona, no sabía encontrado. Y el bastoncito, la risa, los trajes alegres, las notas benéficas, los cabellos áureos, todo, se prepara para ofrecerle pronto al señor Bland la sutil pillería de un nieto lejano. Porque la miss se va con su marido a Melbourne.

Huye tan lejos, para que le dejemos tener su hijo como una mujer de treinta años. Un hijo necesario para quien será toda la risa y toda la alegría que la gentil muchacha derrochó en la ínsula.

La dueña del hotel, que la cuidaba, se quedó estupefacta cuando mis Bland la invitó a su boda. Y el cónsul, que es un hombre acartonado y prestigioso, con ese prestigio inevitable de las personas viejas, le ha dicho que está muy bien su decisión porque había que ser ya menos joven, que no convenía abusar tanto de los años juveniles, riéndose, y que Melbourne, aunque está muy lejos, es una población moderna. Y como miss Bland tenía prisa, por su boda, apenas oyó a su Cónsul. Sólo pensaba en Melbourne y en lo qué su marido era en Melbourne.

La colonia, que la quería mucho, como nosotros, no ha podido festejar su boda, amarrando al coche nupcial el viejo zapato, ni arrojarla arroz al despedirla. Se ha casado como quien mete deprisa sus ropas en un baúl y con su marido a rastras se fué a un Banco a cambiar cheques por monedas de oro. El marido no ha tenido lugar de verla tranquila. Es posible que no la pueda ver hasta Melbourne.

Pero ella está cantando secretamente su boda. Canta dentro del pecho y la alegría musical de su alma la empuja deprisa por las calles y camina más ligera, más vaporosa. El marido ve como se le escapa, pero él sabe que al llegar a Melbourne la hallará reposada y sin bastoncito. El pobrecito no sabe con esta aventura inesperada tendrá que dirigir sus cheques a Australia y la comisión bancaria le costará más. Una dulce locura de niña hará una nueva comisión en un Banco lejano. Como las notas hicieron la suya, así hará la boda un nuevo oro que en Australia.

¡Que seas feliz, Oliva..! — Les dijeron los amigos ingleses, después de haber hecho bailes nuestras calles...

El Cónsul añadió: "—Señorita: ha encontrado usted un buen marido..." Las inglesas, alegres por esta boda genuina, exclamaron "Ella no sabe que se ha casado todavía..."

Pero Mrs. Wood, la dueña del hotel donde Oliva vivió cinco años, sintió una pequeña tristeza al ver el cuarto de la niña vacío y dijo entre amargada y furiosa:

—¡Que ligereza de cascos! Conoció a un señor un lunes, se casó un martes y hoy, miércoles, se marcha para Australia...

Y a~~ñadió, descontertada:~~ ca~~ntorfletes ingleses,~~ Mrs. Wood añadió:

—Las costumbres españolas han echado a perder a esta muchacha...

4

(14 repetido e inédito)

EL AMOR ELECTRICO.

La senorita Bland es una inglesa dorada y sonora. El padre de la senorita Bland es un coronel ingles que vive en la costa; un senor de bigotes largos que le cubren la boca como la enredadera de una glorieta. La senorita Bland vive sola en el "Boarding-house" de mistress Ligth, al cuidado de mistress Ligth.

La senorita Bland recorre la ciudad alegremente, vestida de blanco, con un bastoncito de gentlemann. Es linda, canta como una italiana y cobra sus libras, la pension de sus libras, con infantilidad de mujer y cuqueria colonial de mercadera.

La voz de la senorita Bland es una voz benefica, benefica para los hospitales y las Cruces Rojas. Miss Bland canto en todas las fiestas aliadofilas, cuando habia guerra, en todas las fiestas que organizo el "Over seas Club". La senorita Bland contribuyo con seis camas. Una cama de los hospitales del frente europeo fue construida con los dulces gorjeos de la senorita Bland. ¡Que dulzura debia sentirse en aquella cama armonica, graciosa y lijera hecha de la voz de la inglesita y como las heridas podian aliviarse con las notas musicales de la miss, como agua fresca que lavara la sangre.

La senorita Bland es un numero de concierto ambulante. Parece que se ha escapado de un concierto ingles, que acaba de dejar siempre el salon donde sus graves paisanos la aguardan inutilmente. Es una facil nota bonita. Cuando pasa, da la impresion de un agua de verano cuidada a la sombra fresca, agua de jardines, agua de alberca. Tiene el claro color de un bano reciente, un voluptuoso bano de mediodia. Tiene la gracia limpia de un cuarto de bano nuevo, con un ventanillo abierto sobre una huerta y hasta hece presumir carne de jabon

de frutas.

El refugio de su cuerpo era un refugio fresco, humedo. No hacia calor en su torno. Olerla un ardoroso dia de Levante era ensanchar los pulmones y humedecer las narices que el polvillo del sol obstruian. Es la brisa de la tarde, la brisa marina que corre por la ciudad cuando se pierde el sol tras las montanas. Sola siempre, sola y sin novios sus veinte y tres anos, hechos dieciseis alegra el camino. Sale de una tienda inesperadamente, tropieza con la gente al volver una esquina y se rie con una carcajada temblorosa y fina.

Su risa es una risa domesticada a la espanola, una risa de escenario, risa doctora en gracia de farandulerias. La risa es la mejor amiga del bastoncito que golpea en la acera, al compas de la risa como el esclavo mayor.

Cada ciudadano, al verla pasar, habia acordado de por si que no se casara con nadie. Y ponia un secreto esfuerzo volitivo en alejarle los novios. Y ella lo notaba porque los novios se iban. Corrian los anos y el tiempo se iba perdiendo.

¡El tiempo!- La senorita Bland pensaba en el tiempo. Era un tiempo extrangero el suyo. ¿Lo perderia ? Pero no; no lo perdia. El tiempo pasa renovando las almas sin hacer jornada en quienes la infancia hinco sus prestigios para toda la vida. El tiempo no podia perderlo, porque es el quien nos pierde. El tiempo desfila incolume sin entremezclarse en nosotros, solo para arrastrar a los que por mayor seriedad nos acercamos a su orilla. Y la senorita Bland no se acercaba, no se queria acercar; todo lo hacia a la margen del tiempo. Como una nina arrojaba sus anos al tiempo, y ella se quedaba con los menos. No, no perdia el tiempo. Ademas, la ciudad entera estaba de acuerdo para no dejarla marchitar...

Sin embargo...Una tarde aparecio en el "Boarding-house", un ingles rico y le dijo:-

- Buenas tardes senorita Bland. Es V. muy bonita. Yo vengo de la costa de Africa y he visto a su padre. Ahora me voy a Melbourne

Y la senorita Bland le contesto:-

- Buenas tardes senor Miller. Cuando viene mi padre?

Despues el senor Miller y la senorita Bland salieron a comprar unos cuellos de seda y regresaron a la noche. Por la noche supo mistress Ligth que la senorita Bland se casaba con el senor Miller.

La colonia inglesa se quedo estupefacta con

AQ. AG/02(11)
R.1074

15

Mister Amor

Cristián Cooper no quiso jugar al billar. Leslie Smith, su compañero de todas las noches—un mozo infantil y roblizo—lo invitó con extraña insistencia, pero Cristián, distraído en una oculta ocupación se negaba.

—Míster Cooper, una sola partida, nada más. Tengo muchos deseos de jugar esta noche.

—No, no. Mr. Smith; yo no tengo precisamente esta noche deseos ningunos.

Y Cristián Cooper se fué al ventanal del salón; un ventanal donde se vislumbraba el mar, callado de luna. Cogió el "Times" y se sumió en él. Smith, desconcertado, con los brazos lácios colgándole de los hombros, buscó por todas las mesas, por todas las sillas del "British Club", un compatriota. Ninguno quería jugar. Maig, sorbía whisky, sosteniendo un coloquio metafísico con su pipa de cerezo; Allan Croff, tenía una pierna sobre la otra, mientras se acariciaba el empeine con un dedo ensortijado. Jobler y Thorné, como dos gentlemans bien entendidos y refinados habíanse aventurado en averiguar cuál de las dos noblezas—Battemberg y Connaught—era más legítima y real; Archibald Corson, chupábase el puño del bastón de cuerno; Lewis Hunt y Bertrans Randall se escuchaban, atentos y dignos, sus respectivos silencios sin mirarse. El Club era como un atardecer de sábado británico. El silencio tenía niebla, que no empañaba las luces sino los espíritus. Las miradas correctas, firmes, grises, se escurrían por las inmaculadas pecheras como unas sutiles serpientes de sombra. Leslie, desperanzado, sin valor para recrearse solo con las bolas marfileñas, se sentó también. Las lámparas del techo no tenían ocupaciones. Leslie posó sus ojos apagados, en ellas y se dispuso a pasar la noche, con esta sacrificada distracción.

Silencio. Los que hablaban calláronse al fin. El mozo del bar, calzado para no ser sentido, con sandalias de esparto, entraba y salía vivo e inquieto de los ojos, con algún whisky solitario

que también se aburría en una bandeja escocesa, anunciadora de la agria bebida nacional. A Smith se le ocurrió pensar sobre Cooper: —¿Por qué no habría querido jugar? ¿Tendría algún secreto inquietante?— Y en la lejanía de sus recuerdos coloniales, alzósele la visión de su amigo como una quimera luminosa. ¿Sería Cooper un hombre terriblemente romántico? Estos ingleses— pensaba—tórnanse apesadumbrados e ineficaces en las colonias africanas. Había conocido casos extraordinarios de ardor súbito, de hombres labrados en mármol. Harries, por ejemlpo. Un hombre contable, como los números, seco, desprovisto de toda efusión sentimental. La recordó una noche que fué atracado por dos malhechores en la obscura carretera del puerto. Harries se dejó revolver los bolsillos, callado, aspirando los humos de su pipa. Le robaron el reloj, las sortijas—una de esmeralda antigua— y un portamonedas de hilos de plata. En tanto le robaban Harries decía, imperturbable: "Quedan más cosas, mister ladrón, busque". Y los ladrones buscaron sin hallar nada. Entonces Harries sacó rápidamente, con bruja agilidad, de la espalda del chaleco, una linda pistola de nácar: "Quedaba esto, señor ladrón y como quedaba, es absolutamente necesario que se restituya a su lugar primitivo lo robado". Y apuntó. Los indígenas, soltaron las alhajas y huyeron en la sombra. Harries disparó, y tranquilo, con una fría magnificencia de lord, siguió su camino. Y cuando Smith volvió de un viaje hallóse a Harries casado con una española ordinaria y murmurando chismes innobles en la terraza de un Círculo.

—¿Sufriría también, Cooper, alguna metamorfosis latina? ¿Le habrían injertado a su amigo alguna raíz poética y estaba propicio a un desmayo sentimental...?

Todo esto lo pensaba Leslie mirando la lámpara del techo. No hubiera podido pensarlo con los ojos puestos sobre el frontal de Cooper. Lo miró sin embargo, pasado un momento y pasmóse. Cooper no descubría nada. Leía con reposo, desdeñosamente. Smith vió que no aparentaba inquietud alguna, pero que no podría domesticarlo aquella noche.

Cooper seguía leyendo. Al desdoblar el enorme templo del "Times", resbalaron sus ojos por las enjutas columnas. Como un obstáculo en el camino, una palabra misteriosa, les sorprendió la ru-

2

1 premio de

ta: "Love". Cooper se detuvo en la mansísima palabra, haciendo posada allí por toda la noche. ¡Amor! La palabra leve, suelta, en medio de las interminables columnas del gran diario era como un niño perdido entre la muchedumbre de la City. La palabra, entre todas las demás palabras apretujadas, regladas, parecía como que se ahogaba de soledad y sobresalía entre todas, buscando anhelosa una huída a la luz. Era cómo si al pásar las manos en las letras sobre el papel alisado se sintiera el relieve de aquella, mal avenida con el ejercicio austero de las demás. Era tan pequeña y tan dulce, que Cooper sintióse acongojado de verla. Porque la veía flotar, como en el agua, y hundirse luego para tornar a surgir aromada de alegría. Pero Smith no pudo adivinar la exprimida agonía de su compañero porque las hojas del "Times" no se movían. Erguidas entre las manos de Cristián, aguantaban las rebosantes columnas con una magnífica serenidad. Cooper no podía acordarse ya de las relucientes bolas. Una vez en Calabar—recordó—desesperábase por no hallar una mesa verde con que renovar sus divertimientos europeos. Por eso se había marchado de allí. Y ahora las bolas, los tacos, el verdor de la mesa se desvanecían en su memoria y no acertaba a comprender su gesto de Calabar.

—"¡Caramba! Verdaderamente yo, en Calabar, fuí un estúpido,

Cooper acariciaba lentamente las palabras con sus ojos color de ceniza y Smith, sin mirarlo, lo contemplaba en silencio.

Corrió pausada la noche con una suavidad de humo de pipa. Pasaban las horas apagadas, diluídas en aquel silencio pálido, delicado y triste. Los socios del British Club fingían sus entretenimientos agotando su seriedad. Oíase de vez en vez rumor de bolos, que venía del jardín. Leslie intentaba recoger la supuesta emoción de su amigo, pero Cooper perdido en la íntima frescura de su corazón no lograba sobresaltarse.

Dieron las diez. El mocico de las sandalias de esparto abrió una puerta de cristales y ofreció a Cristián Cooper una carta azul, en la bandeja de colores. Cooper arrojó el "Times" conmovido y tomó el pliego encantado. Lo abrió y lo leyó y como si hubiera de pronto hallado la confianza de su espíritu levantóse y fué sosegado, junto al amigo.

—Mr. Smith: me han entrado inmediatamente

3

ganas de jugar al billar. ¿Quiere usted que hagamos la partida?

—¡Oh, Mr. Cooper! Ya sabía yo que usted no se iría al hotel sin su juego. Sin embargo, he tenido por un instante la sospecha de que estaba usted preocupado. Luego recibió usted una carta...!

—Nada, Leslie. Una carta sin importancia ninguna. Miss Bird citándome para el baile de mañana. Un baile interesantísimo. De ingleses nada más.

—Miss Bird está muy bonita ahora. Parece una rosa.

—Una rosa de té.

Empezaron el juego. Cooper, feliz por el sabroso recuerdo de la palabra del "Times" hizo su primer carambola. Su vida estaba idealmente trazada por una mujer blanquísima como la leche nueva. La ideal figura pasaba sobre el verdor de la mesa de juego y daba a su brazo una agilidad secreta y graciosa. Smith, al verle tan sereno, jugando como un hombre perfecto, olvidó todo su empeño curioso. Cooper no tenía nada. Acaso el éstómago... un momento... Los ácidos, quizás...,

Siguieron las carambolas favorables toda la noche. Mr. Cooper tenía demasiada fortuna para el amor.

II

Las inglesas, blancas, con esa deliciosa blancura de la nieve, llenaban los senderos del jardín del "Club". Los trajes claros, prendidos de los secos hombros, ayudaban a sembrar la luz lunar por las sendas obscurecidas de macizos. Los senos se veían resplandecer bajo los corpiños; eran unos senos redondos, pequeños, de una pequeñez de juguete; fríos, helados casi, que dejaban un aire de hielo sobre los ojos anhelantes. Estaban alegres las muchachas británicas porque se reían mucho y tenían un baile exclusivo. Gozosas de luna, se envolvían en la espumada luz con una correcta entonación voluptuosa. La luz del infinito celeste llegaba como el humo de una pipa divina y era el silencio, sobre las finas voces de mirlo, como un smocking reluciente y planchado.

Smith contaba una fábula alemana que oyó en Lieja. Las miss encontraban todavía a los alemanas excesivamente gordas. El jardín de los

"gentlemans" era como el viejo jardín del Amor pero sin prisas y sin pasmo. Randall habló de los aviones, Corson, de los bravos concursos de natación. Cooper, solitario y mudo, bajo la calma luminosa, veía lejos su palabra sagrada corporizarse suavemente. Smith se le acercó.

—Há llegado un barco alemán.

—Será pequeño.

—Muy pequeño. No han tenido tiempo ni de limpiarlo.

Sonó la música un vals de Worsley, el vals de las misses; lánguido, que se deshacía en tonos como el ocaso; el vals para que los redondos juguetes pectorales no trisquen y se reposen, alisándose, sobre la piel.

Cooper, vió aparecer por uno de los senderos del jardín a su amiga miss Bird. Cruzó una sonrisa como una mariposa hacia los labios de Cristián. Miss Bird vestía un traje malva, un traje poco apasionado, pero los cabellos de oro estaban húmedos y brillantes.

La luz de la luna se vertió entera sobre [illegible] Cooper sintióse estremecido el corazón y prendiéndose a los brazos de su amigo murmuró al oído unas palabras vehementes que no lograron perturbar la helada serenidad de su perfil.

—Hoy hemos embarcado en el Castle mil toneladas de carbón...

Todo el jardín tenía un monótono ritmo de smockings y de trajes de tul. El salón de la música se llenó de ingleses. Cooper agradeció. Miss Bird se detuvo. Se veían por dentro, inundados de aromas extraños y las sonrisas crecieron y fué una bandada de sonrisas tan pequeñas y disimuladas, que no se veían sonreir.

Cercábalos la emoción latina de la noche; la tibia luz de la luna. La señorita Bird se deshacía en tules malvas y los rasos del smocking de Cristián Cooper sonaron calladamente por los blancos arañazos de la luz. Acercáronse al fin. No podía hablar. Miráronse en silencio. Cooper dijo:

—¿Está usted bien?

—No. Estoy un poco apenada esta noche. "Griffon está malo.

—¡Ah, pobre "Griffon"! Pues el tiempo es dulce.

—No se avienе con este clima árido. El calor colonial lo mata.

—Tengo unas furiosas ganas de marcharme a Inglaterra por "Griffon".

5

los dos amigos.
Smith,

Sentían

—Yo también tengo ganas.

Vino una pausa feliz. Cooper se imaginaba arrullado por una brisa llena de perfumes. La voz de la muchacha tenía un alborozo tan íntimo que a Cristián le entraron unas ganas nuevas, desusadas, de jugar al billar en seguida. ¿Qué alegría milagrosa andaba removiéndole las entrañas? Volvió el coloquio. Ella lo miró intensamente, poniendo los ojos sobre una sortija de granates.

—¿Ha visto usted hoy a mistress Hougston?

—Sí, la he visto.

Tornáronse a mirar con una crecida ternura. Las palabras mezcladas de delicia y de sútil angustia renovaron el coloquio que se interrumpía a ratos, perdiéndose entre la claridad y grandeza de la noche.

—No olvido que prometí a usted el primer "two step", míster Cooper.

—Me gusta mucho el "two step".

—En Australia lo bailé mucho con Mr. Roberts, pariente del general.

—¡Ah! ¿Era usted amiga de Mr. Roberts?

—¿Conoció usted acaso a Mr. Roberts?

—No, no lo conocí. Me hubiera gustado conocerlo.

Un lejano rumor de mar llegaba al jardín y estremecía las hojas de los árboles como un aire cercano. Sentáronse algunos ingleses.

—El baile está muy correcto.

—Hay una intención muy moral en la música esta noche.

—Si no fueran estos bailes no se podría vivir en la colonia.

—Ha llegado un barco de Yeoward. El sábado, pues, tendremos otro baile.

—Y otro el día del Imperio.

—No me gustan estos bailes. No son de ingleses solos. Siempre se invita a los cónsules y hay una excesiva mezcla europea.

Los acordes del vals acallaron las voces. El jardín volvió a quedar solo. Miss Bird y Cristián se perdían en la fronda...

—Está muy correcto ese smocking suyo, míster Cooper.

—Es inglés.

—No me gusta nada el smocking de míster Smith.

—Mr. Smith es poco dado a lo gentleman.

—No me interesan los hombres que no tengan el smocking correcto.

—¡Ah, muy bien! Pero observo, miss Bird, que tiene usted un diente de oro. Es muy bonita su boca así.

—¡Ha visto usted! En este país cálido no vive la dentadura.

—Es previsto. Yo tengo también una muela herida. ¿Sería usted tan amable que me diese el nombre del dentista que la asistió a usted?

—Mr. Martínez.

—¡Ah! ¿Es español?

—Español, sí. Pero ha estado en Filadelfia en varios Congresos.

—¡Muy interesante!

—Los dientes de oro dan cierto aire distinguido.

—Yo no me casaría nunca sino con una mujer que tuviera los dientes de oro.

—¿Eso es cierto?

—Cierto, miss Bird. Tiene usted un traje muy bonito.

—No hacen trajes correctos aquí.

—No, no; ése está muy bien. Las chinelas son muy interesantes.

Y Cristián Cooper recorrió las prendas de la miss haciendo un recuento amoroso. La miss lo miraba, delicadamente agradecida. Era un hombre ideal. El segundo "two step" sonó estrepitoso. No habían oído el primero. Al notarlo así se volvieron a mirar desconsolados. Resbalaron mústias las miradas azules y Cooper trémulo, insinuó:

—Es el segundo "two step", miss Bird!

—Ya no es posible cumplir lo prometido.

—Es un dolor, un dolor muy grande. Pero podemos empezar por el segundo. Quizás el primero no hubiera tenido este sutilizado encanto del jardín.

—Acaso, Mr. Cooper. ¿Por qué ahora no dejarlo para el tercero? Está muy correcta la noche. Podemos sentarnos en aquel banco de piedras.

—Es muy discreto su pensamiento.

Cortieron al fondo. El jardín estaba sumergido en la plata selénica. Una nube gris, londinense, apagó de pronto el resplandor de la luna. Si-

1 tá 7

lencio largo, después. Y del fondo de la fuente vieja, como de un venero encantado, surgió la rolliza figura de míster Amor.

Era un niño de cromo inglés relleno de crema rosada como los bombones. Llevaba unas graciosas gafas en la punta de la nariz y una chistera enorme sobre la tonsurada testa de nácar. Iba desnudo, como su hermano, el griego de los ojos obscuros. Saltó entre las ramas, precioso y gentil, huyendo de su madre mistress Venus, que también salió de la fuente al ritmo de un severo "foxtrot". Era una inglesa seca, escurrida, con lentes de acero sobre los ojos ratoniles y cansados; una sufragista vertiginosa que perseguía con un aperlado quitasol al travieso "boy" de las gafas. Huyeron por la fronda que susurró amorosa.

El rumor de las hojas, rumor dormido, deslizábase por el jardín solitario. Un suspiro ligero, como el caminar de las hormigas en las rosas, acariciaba las lejanías de la luz desfalleciéndola. La noche se agrisaba de nubes, que corrían rápidas, apagando y encendiendo la luna. Cristián y su amada en el banco del jardín, sentían la pesadumbre del silencio como algo recóndito y extraño. Míster Amor los cobijaba con su chistera.

Levantáronse. La luna brilló entonces exaltadamente. Mr. Cooper y miss Bird alzaron los ojos al cielo. La luna tenía una sonrisa socarrona y antigua. Sintieron una infinita paz.

—En Londres se ve poco la luna.

—No se ve nada... Está muy correcta esta noche.

—Sí, muy correcta.

—A mí me gusta mucho la luna.

—Es muy limpia.

—Tiene el mismo plateado color de los chales de Ceylon, Mr. Cooper.

Y Cooper, dichoso, exhaló a la noche el tibio aliento de su ánima. Sorbió luego la húmeda quietud de la brisa y contestó alegre, penetrado de amor:

—Parece una perfecta bola de billar, miss Bird.

Y entraron después en el salón de baile, unidos para siempre.

AQ. A6/02(12)
R. 1074

Como se muere un inglés colonial

(Canto llano)

(12)

Un inglés llega desahuciado a la isla. Llega y alquila una casa frente al mar para morirse con cierto saludable confort. Pero pasan los días y el inglés se pone mejor, con gran contrariedad suya, que ya tenía calculado su fin para tal tiempo. El quería despachar su muerte como un correo que sale para Londres y viene de la costa africana. Cuando las cartas estaban ya cerradas y certificadas, resulta que el barco no hace escala en Canarias y el inglés piensa que podía haber dicho en alguna carta otras cosas más detalladamente. Los correos y la muerte están a la misma altura para ~~nuestro~~ inglés.

El inglés mejora. Y pasa un año y pasan dos. Y las mejillas del inglés se ponen rosadas y los ojos azules se le limpian y son más claros, sin esa cosa turbia, mezcla de niebla y humo fabril, que empaña en Londres. El inglés vive. Arregla su casa para siempre y vuelve a insinuarse en su pipa. Las cavernas del pecho, obscuras y profundas, se tornan con el sol atlántico luminosas y alegres. Se ven las telas de araña y se barren; y la humedad desaparece calentada por el magnífico y rubio amigo de los orientales. El inglés no se muere. Tarda en morirse treinta años.

Esto le ha ocurrido a Medrington, el inglés más antiguo de la colonia. Mr. Medrington era un fotógrafo que llegó a la isla cuando aun no se sabía que la tuberculosis londinense se atajaba en una playa insular. Hace treinta años lo desembarcaron en el puerto sin ninguna de sus máquinas, pero en una camilla. No era sino una americana gris, larga y escurrida, que se sostenía en un palo invisible, como esas banderas tristes los días sin viento. Mr. Medrington tenía un pie, que tampoco se le veía, puesto en la tumba; pero en una tumba que no podía él presentir, una tumba de bóveda azul y de estrellas clarísimas, donde se oye por la noche el roce de la luna éntre la brisa y se siente con más dolor la nostalgia de la vida. Los pulmones de Medrington eran dos miniaturas, dos retratos pequeñitos de esos que imitan los sellos de correo y que cuestan un chelín la docena. Medrington abría la boca y sentía aún el vaho de la niebla inglesa resonando en su oquedad pulmonar. No había duda; el puerto de Gran Canaria estaba entre dos mares: el Atlántico y el Aqueronte. El uno azul, divino, el otro amarillo, turbio y espantoso como la niebla. Y pensó, a fuer de buen fotógrafo en las enormes diferencias o distancias de las dos luces marinas, como si fuera su propio objetivo fotográfico.

Pero, como suele ocurrir en los retratos de larga exposición, la figura de Medrington, a pesar de su turbiedad, se fué fijando poco a poco. Y ha tardado treinta años en borrarse por completo. En estos últimos días parecía un daguerreotipo, que hubiera de inclinarse a la luz para verlo. Medrington lanzó su último suspiro y cerró los ojos con la rapidez y el imperceptible sonido de su propia cámara. ¡Trac! Y la perilla de goma dió un golpe ligero y el ojo de aumento se cerró, brusco, dejando en la cámara la visión fugaz. A esta fecha, Medrington está revelado en el otro mundo.

En su casa de la tierra quedóse su señora y el pequeño y silencioso mundo de sus ingleses retratados. Ingleses viejos que pasaron una hora en Canarias; el tiempo necesario para que se quedaran con Medrington toda la vida.

Los retratos miraban desde sus vitrinas a la viuda que no se los podrá llevar a Inglaterra y que no podrá tampoco abandonarlos en la soledad atlántica. ¿Cómo dejar a aquel pobre señor del hongo triste, a merced de las burlas de los insulares?

Aquel señor a quien su marido pasó dos horas retocándole el hongo, que le hacía una sombra en los ojos.... ¿Cómo dejar a estos viejos amigos que trajeron su dinero y luego ellos se quedaron allí como echándoles en cara su generosidad...? ¿Cómo abandonar a todos aquellos hombres a quienes Medrington les fué quitando un poquito de sus vidas para sostener la suya averiada y rota...?

La viuda de Medrington siente un extraño desasosiego ante aquellas naturalezas de todos los tiempos, y los trajes anticuados, los estrafalarios sombreros, van haciendo revivir en su memoria las horas pasadas... Cuando el señor del hongo se retrató, Medrington tuvo un vómito de sangre. Entonces pensaron que el hongo se quedaría sin retoque, porque era más urgente que el hongo retocar los pulmones. Y allí estuvo el señor del hongo, con su sombra en los ojos, contemplando las hemotisis de Medrington durante muchos días. Cuando aquella aventurera inglesa, descotada, la hija del general de la India, puso ante las destruídas narices de Medrington, sus senos enormes, como unos pulmones extraordinarios que se hubieran salido del pecho para respirar mejor, los ojos de Medrington volvieron a turbarse de niebla británica y se abrieron desmesurados como el ojo de la máquina, para ampliar aquellas mamas exhuberantes que parecían no caber en la cámara obscura. Aquellos senos que retocó después meticulosamente, con una voluptuosidad sádica, mientras el hipo sanguinolento le cosquilleaba el garguero... Y aquella otra inglesita pequeña, frágil, con una tos tenaz y pequeñita también, que Medrington retrató mejor, con cierta recóndita alegría de camaradas, como para dejarle una vida más eterna, sin toses y sin frío. Esa fotografía la iluminó. Le pintó a la inglesa unos colores en la cara que no tenía y la contemplaba retocándola siempre. Esta inglesita mira ahora a la viuda irónicamente y la viuda se pregunta, desconcertada y triste, qué habrá sido de ella... Y así todos los retratos. Un rico exportador isleño, con un sombrero absurdo, que parece un calcetín, es lo anacrónico en medio de tanta cosa anglicana.

Y la viuda da vueltas en el estudio del muerto, asaetada por tantos ojos diferentes, eternamente abiertos por el ojo suplementario y feroz, de aquel hombre que no pudo evitar que se cerraran los suyos.

Medrington llegó para morir a la ciudad atlántica, en seguida, y tardó 30 años en resolver su agonía. Como era el más viejo de la colonia y era el artista de las unidades, de ~~ser eternos~~ de un papel fotográfico,—los ingleses han conmemorado su muerte con solemnidad y cariño. Un cariño contabilizado, claro es. Y se han salido de los retratos, poniéndose unos trajes modernos y moviendo las manos que en el cartón tenían quietas, para acompañar a Medrington.

Hemos visto desfilar el cortejo de los británicos. Incólumes, rectos, corteses, detrás de la cámara funeral, donde iba el pobre fotógrafo aprisionado, inmóvil, como las imágenes dentro de la cámara de su estudio.

Y como había luz, una luz alegre, de colores vivos, que descubría el verde recóndito de los chaqués y las levitas, nos parecieron todos aquellos hombres una colección de fotografías animadas. Un cinematógrafo infantil....

pequeñas va-
de las
era ~~visible~~ le quever
aunque sea de el silencio
ha
4
1 luz para retratos,
1 viejo

AO. A6/02(13)
R.1074

El breve cuento de una novela.

Mistress Harries usa unos pequeños lentes gordos y un sombrero panamá, decorado con una ancha cinta de seda verde. Vive junto a la playa. Tuvo un hijo en la guerra. Es una de esas tantas novelistas inglesas que nadie conoce y que todo el mundo lee, traducidas a otros idiomas. Mistress Harries ha seguido con un mapa y las cartas de su hijo, el proceso sentimental de la guerra y ~~va a advertir~~ una novela, contando cómo le ha ido en las trincheras.

El lugar desde donde ve el mundo objetivo mistress Harries, es un lugar pacífico, sereno: mar azul, terso y sonoro... Montañas africanas y cielo español, con estrellas latinas por las noches. Y una luna redonda y burguesa cada mes. Sin embargo, mistress Harries ha estado en las trincheras. Y algo teósofa. ~~Nosotros que la conocemos nos ha regalado un pequeño librito de propaganda, escrito por Annie Besant.~~ Nuestra amiga la novelista, aunque no haya estado en las trincheras de un modo real, lo ha estado en alma y ha inventado una historia romántica de un inglés que es poeta y comerciante, que lo matan mientras escribe un soneto: "—Es un asunto muy bonito—nos dice— ¿No le gustaría a V.? A V. que es poeta debe gustarle mucho." Y ~~nos gusta casi. Entonces~~ mistress Harries nos relata la introducción de su novela.

ha escrito

como es

debe

escuche V.

"—Mire V., ~~mister Quesada~~: Mister Hodgson tiene una novia, una muchacha muy bonita, una "girl" muy inglesa que le dice: —Mister Hodgson, hay guerra. ¿V. no se ha enterado que hay guerra? Le veo a V. distraido. Es preciso que vaya V. a defenderme la libertad del hijo que puede V. hacerme, si le place. A mí no me gustan los ingleses que no sean valientes. ¿No es V. valiente, mister Hodgson? Y la "girl" le mira fijamente, pero el poeta-comerciante se sonríe. —¿No dice V. nada, mister Hodgson? Veo que no está usted dispuesto a ofrecer su vida. Hace un año que debía V. estar en las trincheras. Han pasado doce meses y V. no se da por enterado. Usted no tendrá ni fuerzas para abrazarme, mister Hodgson. Esos abrazos que V. me ha dado en el "Serpentine" de Hyde Park, han sido simulacros, las fuerzas no han sido de usted. Estoy muy disgustada con tener un novio cobarde." Y la "girl" da pataditas en el suelo y mira furiosa a su novio. Pero el inglés continúa sonriéndose.

"—Mister Hodgson, la sonrisa suya es muy inglesa. Yo comprendo que V. se ría con flema británica, y en tiempo de paz, esa sonrisa puede ser definitiva, para un extranjero colérico, sobre todo. Pero ahora, ahora mister Hodgson, ahora me está V. irritando... ¿Se ríe usted todavía?... ¿Por qué se ríe, mu riendo tanta gente en las trinchera mister Hodgson, mientras V. se sa quieto? ¡Dígame V. porqué! Necesit que me lo diga...

Y entonces el poeta-comerciante coge las manos de su novia, y de un modo tierno, sentimental, le dice: —"¡Oh, miss Amy, que contento estoy con que usted sea así. Yo tenía mucho miedo de que usted no lo fuera. No quería llevarme un desengaño. Hace tres días que tengo la orden de incorporarme, en el bolsillo. Yo me marcharé mañana. No había querido decirla a usted nada hasta que usted no me lo dijera a mí. Estaba esperando ver si era usted digna de ser inglesa..."

Y miss Amy se echa a llorar y le da un beso en los labios a su novio, un beso muy grande, muy grande... [illegible] beso [illegible] pica la novela de la guerra.

Miss Hamer vuelve a llorar, y así acaba la introduccion y empieza la novela de la guerra

La novela de Miriés Harries es el poema de las novelistas inglesas. Todas las novelistas inglesas se parecen, al decir una lectora de lágrimas. Miriés Harries nos mira al través de los suyos y como nuestra alma está pacífica y dulce ante todas las amenazas nos dice:

—Pero el capítulo que le he leído a V. no es nada comparado con el prólogo; el prólogo es lo original. ¿Quiere V. oír el prólogo?...

La tarde es de ámbar. La falta de la ventana de Miriés Harries. Un lago azul, a este limpio horizonte Canta un pájaro. El lamento del mar el sutil. Una estrella, que no se puede ver en Inglaterra, aroma en la bóveda celeste y brilla como el cavo diamante de una joyería. Miriés Harries comienza, lentamente, con voz tenue, voz de hall confortable y fibia:....

Y Mister Harries se pone un poco triste cuando piensa en su novela. Y nos volata amargamente un capítulo triste. Y nosotros nos ponemos tristes, porque un capítulo aunque es triste nos parece bello. ¿Por qué nos parecen bellas, a veces las cosas mas tristes de la vida? ¿Por qué hallamos excelente, esta tarde gris, la *donna* è mobile, de "Rigoletto" y el "Spirto gentile", de "Favorita"?

Mistress Harries crée como nosotros que su capítulo es muy sentimental. ¿Ha leído V. a Dickens, mister Quesada? ¿No es lo mismo que Dickens cuando habla de amor? Dickens es un sentimental. Los españoles creen que Dickens era, sólo gracioso. A mí siempre me hacían llorar las obras de Dickens".

La novela de mistress Harries tendrá un éxito muy grande. Ninguna novela suya lo ha tenido, pero están traducidas a todos los idiomas. Ella no se ha enterado.

¿Cómo es posible que se traduzcan estos libros—pudiera pensar mistress Harries—si la edición no sale de mi casa?

Y es que las novelas de las escritoras inglesas están ya traducidas de antemano. Cuando una novelista se dispone a escribir su novela, ya esta novela está traducida. Y hay una, dos, tres casas españolas que hacen un gran negocio en América con estas traducciones. Son novelas que se venden mucho, porque no producen inmortalidad.

Todas las novelistas inglesas no son más que una prolongada y eterna novelista que escribe la misma novela y que sólo leen, de plato a plato, tristes y emocionadas, estas lindas inglesitas que en los hoteles coloniales viven con su papá rojo, que es gerente de un Banco o militar de la India, retirado...

1 AB A6/02(14)
R. 1074

9

Los suicidios de Perkins.

Federico Perkins se sentía triste. Tenía un prurito de aburrirse a la fuerza, que cuando no se aburría naturalmente, lográbalo con terca voluntad y se metía en un rincón del café a exhibir el triunfo de su hastío. Veinte años en la ciudad atlántica nada nombrado hizo sino fué dar lecciones de inglés y llevar correspondencia extranjera en los comercios pequeños. Sentíase siempre triste y además quería serlo. Pero se daba cuenta de que su tristeza y su esplín sólo producían un efecto cómico en la ciudad. ¡Y no haría nada con voluntaria gracia nunca! Comprendía que pasaba entre los indígenas insulanes por un inglés gracioso y en todo instante esforzábase por alejar la gracia hablando poco y reflexionando más. Quizás sus reflexiones tan profundamente serias hacían sólo efecto pintoresco entre una gente de muchedumbre infantil instintiva. Federico Perkins era un hombre serio pero le hacía gracia a todo el mundo.

Y llegó a removérsele el alma con tanta preocupación, que dióse a pensar más seriamente todavía en desaparecer del planeta. Su vida sencilla de hombre metido dentro de un domingo provinciano, reducíase a unos largos paseos por el más solitario de los muelles de la ciudad. Alguna vez bebía. Y cada mes, al cobrar el montón de sus sueldos higiniezaba su natural sensualidad en los prostíbulos insulares. Bien preservado, acudía los días de poco gentío—siempre los lunes—y aguardaba en la sala insolente de luz y de cromos luminosos, el cerco femenino. Las mujeres, embedurnadas de colorete se le acercaban y esperaban la suerte del mes. ¿A cuén le tocaría? Les había tocado a todas y se habían renovado varias veces. Perkins daba

vuelta a la noria amorosa con una consecuencia terrible. Ellas eran las mismas siempre, viejas de ánimo y de miradas, insconscientes de amor y con las voces turbias, como el agua sucia de las acequias. Federico Perkins les tenía cierto afecto canino. Cuando llegaba alguna nueva mujer se desconcertaba y no se acostaba con ninguna hasta no acostumbrar a sus ojos a la nueva pupila. Parecía como que se le truncaba el deseo y que aquella mujer extraña cerca de su labor, interrumpíale la matemática sensación de su fisiología.

Al llegar las saludaba siempre en inglés. Ellas acariciaban el rostro inconfundible, ese rostro británico que según Wilde, una vez visto no se recuerda más. Y si se recordaba verlo para poder justificar la frase agresiva del poeta. Lo veíamos cruzar por las calles y después de muchos días, al nombrarlo, se le recordaba mejor para regocijarnos con la frase famosa: "En realidad Perkins tiene esa inevitable cara inglesa que no se recuerda nunca. ¿Se ha fijado usted?"

Las mozas del partido se lo creían joven siempre. Era una juventud que salvaba la de ellas, haciéndolas perennes. Eran cuarenta años pulcramente afeitados, pero guardaba veinte, la mitad, como un fondo de reserva en un banco ideal donde suelen poner todos los ingleses los ahorros de sus años. No los gastaba nunca; cada lustro solía ponerse encima uno más y así tiraba una doble edad con el mismo tiempo.

Acariciaba a las mozas con una igual caricia evocadora, en el sitio del mes último, siempre con una nueva curiosidad mensual y las palpaba todas como si fueran de tela y catara el tejido. Luego las llevaba al alcoba y mientras la mujer se desnudaba, él, desnudado antes rápidamente. aguardaba en una butaca fumando y haciendo las preguntas de siempre.

—¿Hace muchos años que lleva usted esta vida? ¿Y cómo se le ocurrió caer? ¿Por qué no aprendió a manejar la máquina de escribir y así se ganaría la vida de un modo más decente?

La mujer lo llamaba soso y Mr. Caña—era

flaco—pero él seguía imperturbable en su interrogatorio.

—¿Y quería usted mucho al hombre que la hizo caer? ¿Y cómo si lo quería mucho está ahora con todos los hombres? ¿No tuvo ningún hijo? ¿Y si ahora cualquiera le hace un hijo?

Y ella contestaba:

—Por qué no me haces uno tu, "Miste!

Pero Perkins se estremecía recónditamente de pensar que pudiera hacer un subdito de la Gran Bretaña dentro de aquel vientre de miserables desgarros cosmopolitas. Y al acostarse se preservaba doblemente. No era cosa de que por pura necesidad natural, irremediable, fuera a salir un nene sin saber inglés de aquella covacha humana. Hacía lavar a la moza y él esperaba, espiando, de cuclillas para evitar el contrabando. Luego se marchaba a la fonda y se daba una ducha confortadora.

Y toda su vida era igualmente recta, lógica, egoísta, seria. Y esto era lo que hacía tanta gracia en la ciudad.

Una vez se compró una capa española. Observó que abrigaba más y era más cómodo para ponerse que el abrigo. En realidad no había otra capa en la isla. Y la gente al verlo pasar sonreía y contaba como de una comedia el gesto del inglés solitario. No podía vivir por tales cosas. Presentía el silencioso rumor de las risitas y hasta las miradas burlonas se le clavaban en el cuerpo como si fuera un acerico sentimental. Corría la vida de su espíritu en medio de esta mansa filosofía, sin alterar jamás su silencio, que era el silencio de una catedral solitaria, a la hora del ocaso. Alguna vez, expansivo, sólía dejarse acompañar por un amigo español.

—No comprendo—decía después de un largo y mudo paseo—no comprendo como dos sabios pueden pensar de distinto modo. Es que uno de ellos no es sabio ¿verdad? O quizás ninguno.

Y el amigo asentía, pero después la ciudad entera se reía con esta gracia y al oído de Perkins llegaba el rumor de su ingenioso éxito, asombrándolo hasta lo infinito.

—¿Cómo es posible que esto que yo he dicho sea cómico? ¿No es lógico..?

Llegó a odiar la vida de la ciudad. La ciudad le parecía un sillón poco confortable. Un sillón español de vaqueta, una cosa rígida, tiesa, de gente fanática y elocuente. La vida inglesa era un canapé relleno de miraguano, donde se podía dormir sin pensar en discursos ni en recibir a nadie de un modo teatral y alambicado. La vida española tiene un confort pobre, de gente oficial que va destinada de una provincia a otra y arregla las casas precipitadamente, con muebles de almoneda y cuadros de mal gusto, carcomidos y manchados. Pero no se iba de la isla. Y no se iba porque no tenía a nadie en el mundo y allí se ganaba el pan pesado, es verdad, de levadura burguesa, amazacotado y plumbeo, que caía en su vientre inglés, como un grito estridente. Pero un pan.

Federico Pekins llegó a ser en la ciudad como un poste que caminara, un busto conocido o el banco clásico de un paseo público. La gente lo veía cruzar con acostumbrada indiferencia y se sonreía siempre porque el silencio de aquel hombre se le veía arder en la frente y parecía un guiño cómico, de clown ilustre.

A ratos comentaba su vida. La comentaba de un modo amargo y hacía gracia también.

—He andado mucho mundo. Inglaterra es lo mejor para el inglés. En Italia, por ejemplo, no se puede estar porque se notan los ingleses y en Inglaterra no se notan. Un inglés en Italia es un relieve estúpido de la nación. No hace más que admirar de un modo aritmético. Yo admiro también, pero no me interesa nunca lo que admiro. Yo he visto el Moisés de Miguel Angel. Es admirable, pero no me gusta, tiene poco confort, pesa demasiado aquel hombre. Si todo el mundo fuera el Moisés de Miguel Angel el hombre sensato debería pegarse un tiro.

Otro día se fué a pié isla adentro y repartió todos sus peniques entre los golfos que le vitoreaban. Una noche entró en el teatro pero cuando se enteró ya sentado y el telón descorrido, de

que la obra era de Oscar Wilde se levantó nervioso y huyó a la calle. El alma se le oprimía. Y se fué a muelle. En el silencio de la noche contempló las luces de los barcos anclados y el alma se le refrescó así y huyó conmovida hacia el negro horizonte a reposarse en las gozosas tranquilidades del silencio nocturno.

Pero la ciudad seguía riendose de unas gracias que él no hacía y de aquel su alegre aburrimiento. En el fondo era un romántico fracasado por su nacionalidad, con un hastio irremediable. Un inglsé con esplín latino, que el calor tropical derretía en mudos sollozos internos apagándole la lámpara del alma.

Tenía una severidad aparente, esa severidad taheña de inglés de Fernando Póo, acostumbrado a dormir temprano y a no tener horizontes europeos ante los ojos. ni ruído de gran ciudad. Estaba resultando un humorista sin saberlo, sin quererlo ser, sintiéndose rencor por serlo gratis; y cuando en algún momento conocía que el pensamiento o comentario que fatalmente tenía mayor gracia para la gente indígena. Ante una funeraria contempló una noche los negros ataúdes y la ciudad se enteró al día siguiente, regocijada. El pobre Perkins no podía ya vivir en paz. Era un personaje de Dickens. Aquellos salvajes habían leído sin duda a Dickens y lo estaban comparando. ¿Cuál de ellos sería él?

Y entonces pensó. seriamente, en desaparecer. La idea morfal le hurgaba el pensamiento y acechaba el pretexto, un pretexto macabro, que no produjera alegría en la ciudad. La muerte se le acercaba, pues; como una nube negra la vió salir del horizonte y avanzar sobre sus ojos poco a poco.

Llegó la guerra, el pretexto era fatal. ¿Se iría? No, no iría. La gente se reirá también. "¿Cómo Perkins ha resultado patriota?" Corrió al Consulado y lo afirmó así.

—Vengo a decir que no estoy conforme con la guerra y que por lo tanto no voy a Europa.

¿Qué se propuso? ¿Una cosa graciosa? Era

un modo raro de matarse huyendo de una muerte probable. Otro inglés más valeroso le llamó cobarde en la calle y Perkins, entonces, ante el asombro de su paisano sacó una pistola y se dió un tiro en la sien diciendo: "Pero usted no es capaz de hacer esto".

No murió, la bala desvió el camino mortal y sólo pasó Perkins unos días acostado. Le gente se rió también. ¡Era sin duda un inglés estupendo!

El pobre Perkins llegó a temblar por la alegría de su alma, por esa alegría independiente de su voluntad, alegría infinita. El destino le quería hacer alegre a la fuerza. La mueca dolorosa de su boca era una pirueta de clow. Sintióse pequeño, reducido, en medio de la naturaleza. Y se le ahincó más en el alma la idea de desaparecer de la tierra. Pero había que tener cuidado con el huésped gracioso que habitaba dentro, había que evitar una nueva traición cómica del alegre enemigo.

Pasaron los días. Nadie comentaba ya de su muerte. Subióse al mirador de un casino, envuelto en su capa. "Si yo me arrojara desde aquí —pensó—no volvería a hacerle gracia a estos estúpidos. Era muy alto el sitio. Tembló un momento, pero se decidió, envolviéndose fuertemente en la capa para no ver el camino.

—Voy a verlo—dijo.

Y se arrojó a la calle. Nadie lo había visto, pero se sintió de pronto sujeto en el camino mortal. La capa se había trabado en un árbol y Federico Perkins se quedó flotando en el aire, prendido del árbol como un fruto maduro. Era una maldición. El duende de su forzada alegría volvíase a burlar de él, con una saña más grotesca. Y entonces tuvo un miedo terrible y gritó. Lo recogieron y la risa de los ciudadanos volvió a azotarle el alma fracasada.

Y ya no fué serena reflexión. Dióse a pensar furioso en la muerte. El pensamiento, vibrando, hacía un chasquido duro, rebotante en su cráneo. Retumbábale en el pecho el corazón como una siniestra maza y llegó a sentir un verdadero

asco de la vida. La vida era una calle idiota, llena de hastío; una oficina llena de sombra, de pisapapeles. Había perdido ya todas las sensaciones y le entró en el espíritu como un lirismo maniático por matarse. Quería ser fuerte y profundo, quería pensar y la maldita gente se reía con la iógica de su pensamiento. El planeta le pareció una jaula de orates sin ingenio. Le pareció como que salía de una novela del viejo creador sentimental y avergonzado, hufdo, corría por la ciudad a la hora del alba como cualquier desesperado español. Era un hombre sencillo y. a fuerza de sencillez, se tornaba inglés raro. No quería ser inglés raro, personaje de feria española. Tenía un estigma legendario de comicidad en su frente serena de hombre económico. Huirfa. La sensación de su seriedad se le subía a la garganta y pensaba que no era posible ya sostenerla dignamente.

—Soy indiscutiblemente un personaje de humor. Y si no me dejan ser un personaje serio en este mundo lo seré en el otro.

¿Y lo sería allí? La idea le brotó como un cohete inesperado, asustándolo más. Pero se metió por los caminos de su imaginación, buscando todas las muertes de suicidios célebres y seguros.

La pistola no podía ser ya. Estaba seguro de que volvería a penderse el tiro y entonces su muerte sería frustrada para siempre. Arrojarse desde la Catedral, tampoco. El campanero no le abriría la torre. ¿Un veneno? ¿Y cómo procurarse un veneno sin que al boticario le hiciera gracia? ¿Qué haría?

Tuvo un instante angustioso lleno de desaliento, y en la soledad de la noche oyó el enérgico latido del Atlántico. ¡El mar! Sí. El mar era el golpe definitivo. Iría a bañarse. Nadie lo extrañaría. Y en el fondo del mar hundiría la tragedia de su alma enharinada como la carátula del clown.

Aguardó el verano, que ya estaba cerca. Imaginativamente colocóse en el fondo del Océano, y por primera vez se sintió alegre de verdad,

alegre todo él, conscientemente, con profundas ganas de estarlo más. Y sonrió viendo las caras que antes sonreían, abriéndose espantadas ante su hinchada humanidad seria.

Llegó el día señalado, y era un día sonoro con sol vigoroso y atrayente, día poco propicio a la muerte. El mar, sereno, se tendía en la playa brillante y húmedo. Y Federico, ebrio de inmensidad, desnudóse como un loco y se echó al agua. Y nadó, nadó hacia el horizonte.

Al sentir las olas inmensas acariciarle la espalda se anegó en la profunda voluptuosidad de la muerte. Y nadó, siguió nadando, en busca del fin de su vida. Pero el mar era, mientras más hondo, más azul, y el sol estaba en el fondo resplandeciendo. Federico Perkins cerró los ojos y se hundió más.

Seguía viendo un camino infinito. Sintió que la muerte se acercaba a sus manos y que se le escapaba por quererla también hacer una burla nueva. Oyó la sirena de un vapor cercano, que arrastraba su lamento sobre el cielo. El sol traspasaba el mar, calentándolo amoroso. Pero Federico seguía hundiéndose, hundiéndose, y dió, bajo el agua profunda una vuelta terrible. ¡Al fin era para siempre!

La muerte era un pez enorme, un pez dorado, ardientemente dorado; era el sol en el fondo del Atlántico. El sol, que lo tenía cerca de sus manos y que se le escapaba. Y nadó más, nadó hasta embriagarse de mar y de muerte. La voluptuosidad del peligro inmediato le alentaba el ánimo y de un golpe tocó en el fondo. ¡Sus pies rozaban ya los umbrales de la eternidad! ¡El sol estaba en sus manos! Desvanecido, presintió de repente que no tenía agua sobre su cabeza. Abrió los ojos y hallóse sentado en el borde de la playa.

Lejos, unos niños se arrojaban arena, y a su lado surgió del mar otro inglés, que, viéndole salir a él, le preguntó correctamente:

—¿Está muy fría el agua hoy, míster Perkins...?

La salud de Federico Gillmann

AD.AG/02(15)
R. 1074

Eran las diez de la mañana y Federico Gillmann no se había despertado aún. Estaba terminando de soñar un sueño feliz. En los pasillos del hotel, los camareros cruzaban haciendo un estrépito desconsiderado para el sueño del huésped británico. Abrían puertas, las cerraban violentamente. Llamaban, corrían apresurados, de un lado para otro. Un timbre sonaba, lejos; otro cerca. Los timbres eternos. Y Federico, sonriendo sobre una de esas anchas camas matrimoniales de los hoteles coloniales, bajo un mosquitero antiguo y denso, acababa tranquilo su sueño.

Sueño simple; un camino largo, verdecido, con sol y un arroyo clarísimo, sonoro. Y él de pie, en mitad del camino, con el pecho erguido aspirando el acre aroma del mar atlántico que venía corriendo de lejos, por entre los árboles alegres. Se había puesto totalmente bueno en el sueño. El pecho, al fin, estaba fuerte. ¡Era el sol africano, el divino sol de las Hespérides! La ciudad fea, sucia, le aburría, pero el sol confortaba sus pulmones y lo iba haciendo más sentimental, más niño cada vez.

Llegó un día, deshecho de Londres, con toda la humedad británica, adherida al pulmón que le roncaba. Saltó en el muelle con la boca cubierta por una bufanda de lana y los hombros encogidos. Tembloroso, más lleno de indiferencia, tomó un carruaje y se metió en el hotel. Abrió las ventanas de su cuarto y el sol que debía esperarlo, y que era espléndido aquel día, le acarició voluptuosamente el lomo corvado y lo hizo enderezar alegre. Federico extendió los brazos entonces, cogió rayos de sol en sus manos, y se los fué sembrando en el pecho, en los ojos, aprisa, para aliviar su angustia y como si el sol se fuera a acabar para siempre...

Mejoró. Pasó un año. Tenía colores en la cara, la voz le salía limpia y podía contar hasta cien, sin fatigarse. Desnudo, tendíase todas las mañanas sobre el suelo de su cámara a recibir el sol que entraba, sin olvidarse un día, por la ventana abierta. Federico pensó entonces que la ciudad era más hermosa y que en el mundo hay un secreto de emoción más interesante y más puro que el de los dulces parques de Londres. Estaba como enamorado del sol. El sol tenía más pasión que la "girl". El camino tostado, rojo, y el campo verde le daban una sensualidad extraña que jamás sintió. Los labios enrojecidos le temblaban al viento y todo él experimentaba un recóndito deseo de abrazar a aquella fuerza infinita que le acariciaba por dentro, sin poderla ver. ¡Viviría! Cuando el médico inglés le dijo que estaba en los umbrales del otro mundo, no se conmovió. Pensó solamente que era preciso vi-

vir por vivir y que para vivir necesitaba reposo y aires sanos. Y se vino a Canarias. Si mejoraba, bien; si no mejoraba, pues se marcharía a donde quisiera Dios. Después de todo, lo mismo viene a ser una tumba que una oficina.

Pero con la salud le llegó el amor de vivir y cada día que pasaba Federico Gillmann tornábase menos inglés, y al hacerse nuevo, asombrábase de que se pudiera ser tan indiferente, tan frío como lo era antes. Quería correr como un español loco, quería cantar a todas horas como un español embriagado. Llegó a convencerse de que el mal que le horadaba el pecho era solamente su gris nacionalidad maldita. ¿Cómo había podido ser tan inglés, si lo verdaderamente humano era esto, brincar, correr, decir palabras brillantes, hacer cortesías estólidas, saludar mucho, mucho, con ímpetu latino y anhelos de hidalgo romántico, todas esas cosas que ayer le parecían perfectamente "shocking"?..

Federico llegó a olvidarse de su novia. La tisis es una novia inglesa. Es necesario casarse con una española—pensó—con una española [illegible] roja, aire de mar y apetito para ella y para el amante. La salud estrepitosa, esa inmensa salud que sale de los ojos a raudales, es española. Federico, para completar su curación, quería casarse con una española. Por eso, este día que dormía soñando, la iría a buscar en cuanto despertara.

Pero como era tan feliz en el sueño meridional que soñaba, Federico continuó dormido. Y los timbres sonaban y los camareros empujaban las puertas. Federico seguía durmiendo con los convalecientes labios entreabiertos por una sonrisa que aderezaba una finísima dentadura de oro inglés. Oro de libras. Veinte libras esterlinas de dentadura.

Los dientes careados le estaban dando un aspecto más tísico y al mirarse en el espejo le asustaban de muerte. El día anterior al sueño acababa de estrenarla; se encontró con las mejillas llenas y un apetito nuevo y feroz. ¡Qué alegría! Había comprado con el oro un poco de juventud. El oro mismo, asomando en la boca, era la alegoría, el símbolo de la salud que tornaba, recompuesta de verdad. La misma salud.

Federico movió un brazo en su sueño; se acarició ligerante el pecho y de pronto dió un salto, espantado, en el lecho. Sintió un hormigueo que le subía a la garganta, se quedó pálido y quiso dar un grito. ¿Qué era aquello? ¿Se había tragado los dientes de oro? Intentó incorporarse y no pudo; sintió una mano de fuego que le empujaba la espalda y vió salir por la áurea boca un chorro abundante de sangre. Quiso gritar otra vez, se desplomó en el lecho y cerró los ojos. Poco después salió el grito, débil, del últi-

mo rincón de la caverna pectoral y el sueño tranquilo, interrumpido un instante, se prolongó hasta un horizonte más lejano y más feliz.

Federico Gillmann había puesto en un lugar seguro, para no perderla, la salud recobrada.

Siguió soñando, sin embargo. Ya no se oían timbres, ni trotar de camareros que empujaban puertas. Sintióse Federico cogido blandamente por unas manos y quiso hacer un movimiento en la cama. No pudo. Estaba entre unas paredes muy estrechas. Luego sintió silencio, un silencio enorme, como de muchos días interminables. Federico, en este silencio no se acordaba sino de su preciosa dentadura. La sentía extrañada en la boca, como si no encajara bien. ¿Y su salud..? La salud se había marchado, pero él se sentía sano, sin dolores, sin angustias... ¿Era éso la salud? ¿La salud, después de tenerla. se podía guardar en un sitio como el dinero y estar saludable como se está rico? Indudablemente. El estaba sano, pero quería levantarse, levantarse pronto para ver si su salud seguía tranquila, si no se la habían robado otros perseguidores de salud.

Los queridos dientes de oro, eran complemento de aquella salud tan ansiada. Las mejillas flácidas, no podían rellenarse bien sino con unos dientes y unas muelas nuevas. El apetito de sus últimos días no podía saciarlo tampoco con aquellos dientes negros, heridos, que se iban partiendo poco a poco y mezclándosele en la comida como piedrecillas de arena.

Federico seguía soñando... Y sintió otra vez el aire puro tan conocido de su pecho, que le llegaba a los labios, pero esta vez más sutilmente, como si entrara por una rendija. Y notó que caminaba sin mover las piernas y que debajo de su cuerpo había un ruído constante, monótono de algo que rueda parsimoniosamente. Y llegaron a sus oídos unas palabras temblorosas, bíblicas, cuando se volvió a sentir quieto en un lugar luminoso que olía a flores silvestres. Un estrépito de puertas, de puertas pesadas, cayó sobre su espíritu después. En el sueño vió que llegaba la noche y que desfilaba ante su figura estática, una procesión de sombras iguales, largas. unas sombras derechas, rectas, que dejaban tras si, sobre el suelo, otra estela sombría.

Federico no pudo saber, preocupado con el destino de su salud, que estaba en la capilla del cementerio protestante, al pie de unas solitarias lomas atlánticas. Un cementerio claro descubierto, como unas tapias al ras de las veredas, que parecía surgir de la montaña misma.

De pronto, el ruído de una puerta que se abría sigilosa. Federico Gillmann, dijo: "—Es hora de despertar ya. Estoy bueno. Me encuentro como nunca. Tengo apetito". Y sintió que le

abrían la boca y que le entraban unas cosas blandas, húmedas, apetitosas. Y añadió: "—Gracias a que hoy tengo la dentadura nueva. Voy a comer bien". Pero el manjar se tornó duro y Federico sintió que le tiraban de la boca y aunque no podía precisar la clase de comida que le daban, pensó que no había sido todo lo buena que hubiera deseado. Otra vez oyó el silencio largo, pero se notó la boca limpia y ligera y se quedó adormecido para digerir el misterioso yantar.

En este medio sueño vió cómo abrían la puerta que no conocía, un hombre y una mujer que no conocía tampoco. Y después, más tarde, cuando ya no podía ver nada, llegó a sus oídos un leve rumor de pasos precipitados que se perdían lomo arriba...

El sueño de Federico no se acababa. Se hizo más profundo. Estaba dominado por un sueño más hondo. Sentíase cada vez mejor, sin embargo; siempre bueno, alegre, con hambre nueva... Y siguió por el camino que empezó a ver en el sueño del hotel, un camino saludable y luminoso. Caminó, caminó mucho tiempo. No se cansaba el corazón. Abría los labios, hinchaba el pecho. Nada. Todo se había terminado. No tenía mal ninguno.

Llegó a la orilla del mar. El aire magnífico y divino. Federico estaba alegre, dichoso. Tumbóse en la playa, llena de sol y aguardó con su salud escondida, algo extraño que no podía saber.

Pasaron unos minutos. El mar se tornó lentamente amarillo, lívido. ¿Era el sol que se mezclaba y se desleía en el agua? Federico tembló por su sol. Pero una voz lejana que le salió del fondo de su propia alma, dijo: "Espera". A él le pareció la voz de su salud que volvía a hacerse visible para que la pudiera ver siempre, para que no dudara de sus fuerzas eternas.

Esperó. En el horizonte amarillento y turbio del mar surgió una barca negra que se acercaba veloz a la playa. Federico, dijo: "Muy bien. Daré un paseo en esta barca y veré qué le ocurre al sol. Pero tengo hambre. Esta salud se va haciendo demasiada".

Y sin saber de dónde pudo venir aquel milagroso remedio, hallóse que tenía en su mano estupefacta, un pan grande y dorado. Lo palpó frenético. El hambre crecía a medida que la barca se acercaba. Cuando la barca atracó, Federico llevóse el pan a sus labios. Abrió la boca, pasó la lengua sobre el pan y la volvió a esconder, sabrosa de miel y de ensueño. El pan era un pan maravilloso y desconocido.

Lo juntó nuevamente a sus labios, desecso de él y hundió la boca en la corteza, con un frenesí de tigre hambriento, con una avidez saludable y fatal.

Pero entonces lanzó un grito, el grito que no pudo lanzar en el lecho, y se quedó aterrado. ¡No tenía dentadura!

¿Qué había sido del oro labrado, de aquel sueño regio que coronaba su salud? ¿Dónde la había olvidado, si él no se la quitó en el sueño?

Y bruscamente dejó de soñar. Fué como si le destaparan el cráneo y una mano fría, metiéndose hasta el fondo, le estrujara feroz el sueño, de golpe. No pudo despertarse, y por eso no vió que la barca que guiaba un viejo terrible, había virado rápidamente hacia el horizonte de donde surgió... Federico se evaporó en el sueño.

Lejos, al otro lado de la tierra, la salud machacada de Federico Gillmann se estaba vendiendo por cinco duros en la joyería de un judío insular...

AO. A6/02 (16)
R 1074

(5)

La pluma de plata

1

Mistress Harvey me ha mandado a buscar esta mañana para decirme:

—¡Oh, señor Quesada, yo quiero traducir al inglés un cuento de usted! Es muy interesante esa colección de cuentos de ingleses de la colonia que usted escribe. Pero yo no quisiera traducir ninguno de los escritos, sino uno que escribiera usted especialmente para mí. ¿Podría usted hacerlo?

—Mistress Harvey—he contestado yo—en este momento no se me ocurre ninguno y si usted lo desea tan pronto, no va a ser posible.

—Yo, quizás podría a usted indicarle uno, con éxito. Yo conozco al público de Inglaterra muy bien. El público inglés se conforma con un cuento inocente. Mis lectores por otro lado, son las mises bonitas que necesitan que su literatura sea tan ligera como una pamela o como un "jersey".

—¿Quiere usted entonces, un cuento para señoritas?

—Para señoritas exclusivamente, no. Yo quiero darle a conocer a usted. Publicado su cuento y alcanzado el honesto triunfo que se suele alcanzar en Inglaterra, podría hacerse una edición completa de todos, a seis peniques el tomo. Se la enviaríamos a Mr. Fitzmaurice-Kelly, que es un apasionado admirador de todo lo español y él recomendaría el libro en España. Yo tengo muchos deseos de darle a usted un nombre en Inglaterra. Usted parece un verdadero in-

glés, un correcto hombre de humor. ¿Hará usted el cuento, Mr. Quesada...?

—Si, Mistress Harvey, haré el cuento que usted quiera.

Mistress Harvey es una señora sin años, enfermera del "Seamens Instituto" y como se ve, escritora, cuando no hay enfermos. Ella ha llegado a la ciudad atlántica con otra amiga, que es también enfermera. Mientras la señora Harvey habla conmigo, la amiga está en un rincón de la sala enseñándonos una pierna envuelta en una media de seda blanca. Esa conocida pierna inglesa que apaga todas las sensualidades de las piernas universales; que es como si tuviera la misión de acostumbrarnos a ver todas las piernas del globo sin estremecimientos. Es la pierna civilizada, discreta; la pierna desdeñosa de todas las miradas, pierna que dice: "No comprendo como usted, señor, hombre meridional, se eriza al contemplar una pierna. Yo voy al aire, sin el caliente y sensual cobijo de las enaguas para que usted se dé cuenta del desaforado papel que hace cuando una pierna latina se muestra coquetamente. Esto no tiene importancia. Yo me enseño para que usted dome su instinto fiero y cuando vea usted otra pierna—francesa, española o italiana—no se estremezca usted. Es una cosa grosera el estremecimiento suyo ante una pierna. Temblar de codicia a la vista de una pierna, es un anacronismo árabe, señor. Míreme usted bien: la pierna se monta sobre la otra que no se ve y que deseamos ver con unos deseos misteriosos y se vuelve a bajar y al través de la media de seda, se vislumbra el dulce rosa de la carne fría.

—Si, señor. Soy delgada, pero bonita. Mas no me desee usted. Si se siente usted atraído por mí es porque usted es un bárbaro. En medio del tumulto civilizado de la City, al subir a un tranvía o al mostrarme sobre mi hermana en un restaurante a la hora del té, nadie me mira. Sólo me siento el cosquilleo de las miradas cuando cruzo una calle latina. Yo no soy más que un motivo decorativo, señor. Un sutil dibujo de Mr. Aubrez-Beardsley..."—Y la pierna torna a mostrarse más desnuda, hasta el umbral del muslo. Nosotros sonreímos mirando a Mistress Harvey, que nos va sirviendo un té excelente.

—¿Usted amará el té, Mr. Quesada? Ese es Lipton legítimo. ¿Conoce usted la historia de este té?

—Si, señora. Yo conozco todas las historias inglesas.

Mistress Harvey sonríe y su sonrisa se ve a través del humo de la tetera, el humo que envuelve su cara graciosa, sin arrugas y sin años. La amiga de Mistress Harvey—Miss Cohen—abre sus ojos, unos ojos pardos de enfermera colonial y dice:

—El señor Quesada conoce todas las historias inglesas. Pero él no escribe sino cuentos de ingleses hombres. ¿Por qué ese cuento que va usted a escribir a Mistress Harvey no es de mujeres solamente?

2

—Si, señorita Cohen, será como usted quiera. Yo recuerdo ahora una pequeña historia inglesa muy bonita. Se titula "La Pierna de Palo". Es una alegoría que me contó la hija de un general de la guerra boer.

—¿La pierna de palo? Acaso la de un héroe— preguntó Mistress Harvey.

—No señora, no. La pierna de palo es una alegoría nada más.

—Cuéntela usted. Esta tarde estamos solos. El último marinero enfermo ha sido dado de alta ayer... Tome usted más té... ¿Quiere usted "cake"...? Espere usted... Fumaremos cigarrillos egipcios... Cuente usted esa historia de "La Pierna de Palo"...

El gabinete del Hospital donde estamos, es un lugar cómodo y confortante. La viveza de las cretonas y el rumor del Atlántico, encienden el espíritu con una llama poco inglesa, que pudiera parecer de mal tono, incorrecta. La señorita Cohen es una mujer encantadora, pero ha soltado por toda la sala, su pierna larga y seca, y está toda su vida en la pierna, que acarician significativamente los ojos de Mistress Harvey. La pierna es, desde luego, el motivo más armonioso de toda la estancia. Indudablemente, es una pierna sin sensualidad ninguna pero con un interés vago, inquietante, que nos hace pensar: "—Esta pierna a pesar de su desnuda frialdad puede llegar a estremecernos?" Mistress Harvey mira la pierna de su amiga con una sospecha desconcertante. Nosotros vamos relatando nuestro cuento, en tanto Mistress Harvey nos admira y Miss Cohen nos desdeña, erguida sobre su pierna. El humo del cigarrillo de Miss Cohen, dibuja en el aire su propia pierna, el sutil espectro de su pierna.

—"Una vez... una vez había en Inglaterra una pierna delgada, dura y fría. Era la pierna de una miss. Llevaba a la miss a todos los sitios: al restaurante, al teatro, sola o con sus amigos. Una vez la pierna se tuvo que mostrar más que de costumbre y un amigo la apretó en sus dedos, haciendo con sus dedos como una ajorca. Entonces la pierna se estremeció toda y respiró ávidamente, como si tuviera dentro un ardiente corazón. Fuése torneando y hubo un momento en que el amigo se vió precisado a besar la pierna..."

En este instante del relato, Miss Cohen recoge su pierna y la oculta calladamente entre los pliegues del tapiz del sofá. Miss Marvey, curiosamente sorprendida me pregunta:

—Mr. Quesada, ¿no pasará usted de la pierna, verdad?

—Señora, la historia es de la pierna sola.

Miss Cohen me dirige una mirada despectiva y yo más cruelmente expresivo continúo.

"La pierna, después de aquel beso inesperado, se llevó a la miss precipitadamente. Era una "nurse" cuidadosa. Tenía la sospecha de que el beso podía subir, subir y llegar hasta los labios de su amiguita. Y corrió por todos los barrios de Londres desesperada, sintiéndose el beso como un fuerte golpe de hierro. Presumía que debajo de la media había de estar una herida con sangre

3

4

coagulada. Llegó a la casa, se quitó la media y sólo pudo ver que el levísimo vello aúreo, donde cayó el beso estaba erizado, tieso, como los bigotes de un gato fosco.

"La pierna soñó aquella noche. Ella creía que era de palo, que al cruzar casi desnuda por las vías tumultuosas se había hecho enérgica y actual. Una pierna para llevar exclusivamente a la dueña y al pensamiento económico de la dueña. Una pierna de dactilógrafa, de taquígrafa que se gana su vida, una vida de enfermera. Pero, no. También como las demás piernas del mundo tenía su corazoncito. Y a los pocos días notó que la pierna tenía una vida aparte, y que se dolía aparte de su dueña, que cojeaba. Esta cojera súbita y extraña, fué lo que más le preocupó porque fueron muchos días dolorosos, hasta que pudo averiguar por coloquios de su dueña con un médico muy serio, de que había que separarla de la amigurita que tanto cuidó. La dueña lloraba más que la pierna, sin embargo; hasta el momento de la separación, en el cual la pierna lloró de verdad, pues la dueña dormida no sintió como se la llevaban para siempre y como la enterraban en un cementerio alegre, donde había otras piernas completas pero con sus dueños al lado, dueños que no las quisieron abandonar.

"La miss buscó después una pierna de palo, una pierna perfectamente igual a su otra pierna que hacía el mismo oficio de llevarla y traerla por la ciudad y entonces sobre esta pierna de palo se montaba la otra de carne y hueso y se hicieron tan amigas, que todo lo compartían después, menos el blondo vello sutil y la piel rosada y blanca. Corrió el tiempo, y otro día fué necesario también que la pierna de palo la besara otro amigo inglés. Y ella tembló con los nudillos de su madera que hacían de corazón y de alma. Y dijo: "Ahora me va a notar este amigo que yo no tengo pelitos rubios, ni soy rosada, como mi antecesora." Pero el amigo la besó con apasionamiento discreto y la acarició tan persuadido, sin notar que era de palo. La pierna, como una Galatea absurda, fué cobrando vida y hallóse en un sueño especial, rosada y de nieve. Estremecióse alegre y se bajó la media para que el amigo que la acariciaba viese que no era de palo. Pero el amigo ya sabía de antemano que no era de palo. ¡Todas las piernas que había él acariciado en su vida tenían el mismo color y la misma tersura que esta!..."

Hice una pausa. Mistress Harvey interrogó:

—¿Qué es...? Me parece que quiero entender su alegoría. Pero no es muy graciosa, Mr. Quesada.

Y Miss Cohen añadió:

—En el fondo es un cuento simple y poco correcto. Un cuento de burla. ¿Cree usted que todas las piernas inglesas son de palo y que nada se descubre cuando son de un palo más verdadero?

—Señorita, la pierna inglesa es un encanto.

—Puede usted decirlo—objetó Mistress Harvey.—Es preferible una pierna de palo inglesa a una pierna de goma andaluza. En la pierna de goma, se hunden los dedos; en la pierna de palo la mano, nerviosa, acaricia y aprieta con mayor ansiedad. Es como el frío de las grandes ciudades. Vigoriza y da un apetito inusitado. Yo sospecho, Mr. Quesada, que usted ha inventado una historia vaga y ambigua, con una intención que yo no puedo penetrar... ¿Acaso quiere usted que nosotras demostremos lo falso de su teoría...? Es usted demasiado sutil. Yo creo que puede usted rectificar su idea de las piernas de palo y escribir el cuento que yo traduzca haciendo un elogio de...

—¿De las piernas inglesas?

—Eso mismo. La pierna de la muchacha inglesa es una pierna que todo el mundo ve y nadie ha descubierto todavía.

—¿Cree usted?...

—Yo misma puedo hacer el elogio que ya pasé de muchacha...

—Pues empiece usted, Mistress Harvey; empiece usted diciendo: "La pierna de Miss Cohen, es un lirio blanco que Oscar Wilde hubiera llevado gentil en su mano, al pasear por la tarde en Picadilly..."

Mistress Harvey se ruborizó levemente y clavando sus ojos profundos en mí respondió con una voz que tenía dobles palabras y que se metían en el alma, arañándola, como los lindos pelillos de una pierna delgada.

—He visto que ya tiene usted el cuento escrito... Lo he visto. Sé cuál es el asunto, Mr. Quesada. Pero sospecho que no tendrá usted compostura inglesa para contarlo y que yo no podré traducirlo nunca para mis lectoras... Y lo siento de verdad...

—¿Siente usted no traducirlo, señora, o lo siente simplemente, lo siente como si fuera suyo?

Mistres Havey calla. Mis Cohen encoge sus ojos y los mete dentro de sus piernas y se nota que los ojos van dentro de las piernas, de arriba abajo, con un hormigueo nervioso y extraño...

Mistress Harvey enciende otro cigarrillo, se levanta y me acomete con una pregunta desconcertante.

—¿Verdad que Miss Cohen es muy bonita..?

—Señora. Miss Cohen es un cuento. El cuento que no se acaba nunca. Es mi cuento. Yo he descubierto esta tarde el verdadero misterio de la pierna de palo. Y haré con las piernas de Miss Cohen un cuento honesto que usted podrá traducir y que empezará de esta manera:

"El señor Harvey, "Chief Manager" de una oficina inglesa, llegó nervioso a su despacho y se encontró echada en un diván a la linda y traviesa Miss Cohen, su dactilógrafa. No se sorprendió él, pero si el ugier que acechaba por el ojo de la llave. Miss Cohen era una muchacha que tenía una pierna de chico, una pierna que no in-

quietaba a nadie pero que a Mr. Harvey, solterón incomprensible, le producía una malsana curiosidad. Era una pierna de palo, rígida como una pierna de palo, que desconcertaba por el temor de que no fuera de palo realmente.

El señor Harvey..."